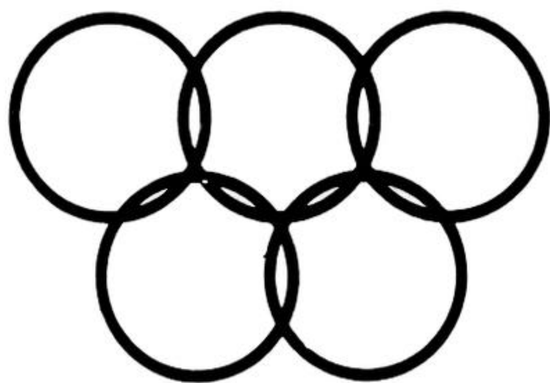
BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION

LA PAREJA MAS COMPLETA



Lou Carrigan



COLECCION DOBLE JUEGO



LOU CARRIGAN

LA PAREJA MAS COMPLETA

Colección
DOBLE JUEGO n.º 52
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

47 — Sangre, oro y ¡gloria! *Lucky Marty.*
48 — Asesinato en el hipódromo, *Alan Parker.*
49 — Ocho bajo par, *George Sound.*
50 — Falso campeón, *Lucky Marty.*
51 — Indulto en la plaza, *Alex Simmons.*

ISBN 84 02 09277-2 Depósito legal: B. 1.435 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: marzo. 1983
1.ª edición en América: septiembre. 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N. 152. Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Los tres hombres llegaron en un coche que estacionaron entre los abetos, cerca del chalé, pero como escondiéndolo, como si no quisieran que lo viesen los ocupantes del chalé.

Sin embargo, tales precauciones eran innecesarias, porque en aquellos momentos no había nadie en el chalé, así que nadie podía verlos a ellos ni al coche. Uno de los sujetos estuvo llamando varias veces, hasta que por fin se dio por vencido y dijo:

—Efectivamente, todavía no han vuelto.

—De todos modos, vamos a entrar —dijo uno de sus compañeros.

No tuvieron ninguna dificultad, porque el que había llamado demostró ser un experto en el manejo de la ganzúa. Abrió la puerta, entró, esperó a que entrasen sus dos compañeros, cerró, y los tres quedaron como sumergidos en el mar de la oscuridad eterna. Fuera, un frío airecillo precedía a las primeras sombras de la noche, que tomaban un tinte gris en las lejanas montañas nevadas. Un encantador jardincito muy bien cuidado rodeaba el chalé, floreciente, multicolor, bucólico. Fuera, todavía había luces y colores; dentro del chalé no se veía a un palmo.

—¿Enciendes la luz o no? —gruñó uno.

—Luego tenemos que salir para asegurarnos de que las ventanas están bien cerradas y no se ve la luz desde el exterior.

La luz fue encendida. Luego, la encendieron en otros lugares del chalé, y finalmente, tras cerrar las contraventanas, los tres salieron y dieron una vuelta, para asegurarse de que no se veía luz dentro. Pero era inútil, por bien cerradas que estuvieran las ventanas siempre aparecía una rendija de luz aquí y allá.

—Será mejor que la apaguemos y los esperemos a oscuras —dijo el de la ganzúa.

—¿Y por qué no nos limitamos a esperarlos fuera, normalmente, sin tanto misterio? —propuso uno de sus compañeros.

—Porque a esa clase de gente me gusta darles un buen susto. Vamos a apagar todas las luces, y estaremos esperándolos a oscuras. O mejor, voy a traer la linterna del coche.

Minutos más tarde, los tres hombres estaban de nuevo dentro del chalé, este a oscuras, la puerta cerrada. Era como si no hubiera nadie dentro. La luz de la linterna perforó la oscuridad, y comenzó a desplazarse por las paredes. Detrás de ella, los tres hombres caminaban. La luz llegó a la salita, y allá de nuevo se deslizó por las paredes, los muebles, el suelo, el techo, la

chimenea, la piel de oso blanco... En una de las paredes había no menos de cincuenta o sesenta fotografías, de todos los tamaños, en color y en blanco y negro.

—Menuda piel de oso —dijo uno de los intrusos.

—Es para echar unos buenos polvos delante, de la chimenea. Fijaos en las fotografías.

La luz se detuvo y se recreó en las fotografías. Todas ellas mostraban siempre a los mismos personajes, un hombre y una mujer, casi siempre juntos, pero por separado en alguna ocasión. Se les veía saltando de un trampolín de piscina, de un trampolín de nieve, esquiando, patinando, disparando con carabina olímpica, nadando, corriendo por caminos nevados, montando a caballo, practicando karate...

—Malditos sean mis huesos —farfulló uno de los intrusos—; ¡unos viven la vida y otros nos pudrimos de aburrimiento!

—Son formidables, ¿verdad?

—Yo, con una mujer así —dijo el tercero—, me moriría de amor.

Las tres miradas convergían ahora en un primer plano de la mujer. Era pelirroja, y tenía los ojos azules. Su boca era sonrosada, llenita; frente amplia, barbilla voluntariosa, graciosa con el hoyuelo. Era tan hermosa que, realmente, cortaba el resuello. En otras fotografías se la veía de cuerpo entero; un cuerpo alto, esbelto, espléndido. En una de las fotos tomadas en la nieve llevaba un gorro de piel del modelo llamado Tovarich, y estaba tan encantadora que...

—Me la comía a mordiscos —masculló uno de los intrusos.

—Pues él tampoco está nada mal.

El hombre de las fotografías era guapo, viril y serio. Sus ojos eran oscuros, sus cabellos cobrizos, su mentón prominente y sólido como una roca. Se podía calcular bien que medía no menos de metro ochenta y cinco, es decir, unos diez o doce centímetros más que la mujer. Y si ella era hermosa, él era todo un atleta.

—¡Vaya pareja! Pero no sé, para lo que hay que hacer... En fin, yo creo que nos estamos complicando la vida.

—Todo lo contrario: si ellos lo hacen, mejor.

Durante un par de minutos más estuvieron mirando las fotos. Había dos de ellas dedicadas. Una, de la mujer pelirroja en primer plano, mostraba la siguiente dedicatoria: Popov, te amo. La otra dedicatoria estaba en una de las fotos del hombre, y decía, simplemente: Mirja, mi amor.

—Creo que será mejor que apaguemos la linterna.

La linterna fue apagada. Los tres hombres se sentaron en el sofá. Llegó la oscuridad total en el exterior. No se oía absolutamente nada.

Y de pronto, comenzó a oírse fuera el estrepitoso sonar de un claxon.

En la salita, los tres hombres se pusieron en pie de un salto, y uno de

ellos, tras la exclamación de sobresalto, informó:

—¡Ese es nuestro coche! ¡Se le ha disparado el claxon!

Echó a correr hacia la puerta de la salita, tropezó con uno de sus compañeros, cayeron los dos, el otro los pisó, perdió el equilibrio, y cayó a su vez sobre ambos. Uno de ellos lanzó una maldición feísima, se dio de cabeza contra un mueble al ponerse en pie, y volvió a caer. Fuera seguía sonando el claxon tan inoportunamente disparado. Entre maldiciones, tropezones y golpes, los tres hombres salieron atropellándose uno al otro, y echaron a correr hacia donde habían dejado escondido el coche. Uno de ellos abrió la portezuela, metió la mano dentro, y desconectó la batería.

De inmediato se hizo el silencio, y los tres hombres suspiraron fuertemente. Entonces sonó la voz masculina, entre los abetos:

—Les estoy apuntando con un rifle de repetición capaz de disparar doce tiros en menos de tres segundos. ¿Qué piensan de eso?

Los tres hombres quedaron inmóviles. Luego, despacio, alzaron las manos, y el de la ganzúa dijo:

—¿Es usted Ivo Popov?

—Supongamos que sí —replicó el invisible personaje.

—Pertenecemos al gobierno suizo, señor Popov. Hemos venido a hacerle una oferta a usted y a la señorita Stamp.

—¿A mí también? —sonó entonces una deliciosa voz femenina, igualmente en perfecto alemán—.;Qué amables son ustedes! ¿Qué me ofrecen?

La voz había sonado detrás de ellos, y los tres hombres sintieron como un soplo de frío en la nuca.

—Creo que sería mejor que entrásemos en su casa, señorita Stamp.

—Ya han estado ustedes en ella. ¿Qué hacían dentro a oscuras? ¿Nos estaban tendiendo una trampa?

—No, no, de ninguna manera...

—Pues yo creo que sí. ¿Qué crees tú, Ivo?

—Yo estoy de acuerdo contigo, Mirja, querida —sonó la voz de Ivo Popov—. Creo que será mejor que los matemos y que los llevemos lejos de aquí en su coche. Nadie sabrá nunca...

—¡Les juro que somos del gobierno! —chilló el de la ganzúa.

—Pero van armados, ¿verdad? —indagó Popov.

—¡Claro que no!

—Ah, bueno, entonces es diferente. Vamos a la casa.

De entre las sombras se destacó la alta silueta, que se dirigió hacia la casa sin más conversación. Entró, encendió la luz, y se volvió. Los tres hombres llegaban tras él. Entraron, y, en el pequeño vestíbulo, Popov los cacheó rápidamente. Los tres sujetos permanecían ahora en sombrío silencio, con aspecto de enanos enclenques junto al impresionante Ivo

Popov, que llevaba una cazadora de piel vuelta, jersey negro de cuello alto, pantalones de lana, y gruesas botas... además de sostener un rifle en la mano.

—Pues es verdad —dijo—: no llevan armas.

—De todos modos —dijo la pelirroja Mirja Stamp, apareciendo en la puerta pistola en mano— hemos hecho bien en hacerlos salir con el truco del claxon. No parecen muy listos, ¿verdad?

—Pues francamente, no —sonrió Popov, hermoso hasta lo odioso—. Eso sí, si son del gobierno suizo, tendremos que tratarlos bien.

—Podríamos invitarlos a queso —propuso Mirja, cuya belleza tenía deslumbrados a los tres hombres—. A los suizos les gusta mucho el queso.

—Sí, es cierto —alzó un dedo Ivo Popov—: pero el de Roquefort.

El chiste no era demasiado malo, y Mirja rio. Popov sonrió simpáticamente de oreja a oreja. Por separado eran increíbles; cuando Mirja se puso junto a Popov resultaban absolutamente impresionantes fascinantes. Eran casi como un espejismo.

—A ustedes dos —gruñó el de la ganzúa— los vamos a expulsar de Suiza.

—De acuerdo —asintió Popov—, pero no antes de que les hayamos invitado a un *whisky*. ¿O prefieren el queso?

—No, hombre —dijo Mirja, la despampanante—, claro que prefieren el *whisky*. Lo del queso ha sido-una broma. ¿Verdad que prefieren *whisky*?

Los tres gruñeron algo, entraron en la salita, y, a una seña de Popov, se sentaron de nuevo en el sofá. Mirja proporcionó una botella de *whisky* y vasos, sirvió en dos de estos, tendió uno a Popov, y ella tomó el otro, sentándose en un sillón. Popov encendió la chimenea, y se sentó en la piel de oso, lo que le pareció a Mirja tan buena idea que fue a sentarse junto a él. Mientras tanto, los tres sujetos se habían servido *whisky* y se habían tranquilizado. Simplemente, habían querido sorprender a Mirja e Ivo, y las cosas habían sucedido al revés. Paciencia.

—Bueno, ¿en qué quedamos? —dijo Popov—. ¿Han venido a hacernos una oferta o a expulsarnos del país?

—A hacerles una oferta, pero si no aceptan los expulsaremos.

—¿Por qué motivo?

—Usted es yugoslavo, y la señorita Stamp es checoslovaca. Podemos expulsarlos, eso es todo, ya que no tienen trabajo en Suiza.

—Es cierto que no tenemos trabajo —rio Mirja, bellísima—, pero tenemos dinero. No sabía que estuviese prohibido divertirse en Suiza dejándose buenos montones de dinero en sus pistas, tiendas y demás.

—Además, ¿qué tienen contra nosotros? —dijo Popov—. Somos dos deportistas correctos y pacíficos. Y hasta simpáticos... a veces.

—¿Por qué no nos dice cuál es su oferta? —sugirió Mirja—. Quizá eso

ahorre enojosas conversaciones, porque podría darse el caso de que aceptásemos. Nos gusta Suiza. ¿Verdad. Popov?

—Verdad. Stamp. Bien, caballeros, ¿cuál es su oferta?

Uno de los sujetos se acercó y les tendió un periódico que sacó del bolsillo del gabán. Estaba doblado por una página interior, y un trazo rojo enmarcaba un anuncio que decía así:

«Para ofrecerles el papel de protagonistas en la película *Redsky* buscamos un hombre y una mujer que sean la pareja más completa, desconocidos en el ambiente cinematográfico, excepcionales en talento, belleza, valor y recursos personales de toda clase, hábiles en la lucha y dispuestos a correr cualquier clase de riesgos, ya que los candidatos deberán rivalizar entre sí sometiéndose a diversas pruebas deportivas de alto nivel, por lo que solo se admiten atletas en excelentes condiciones físicas. Actores y actrices profesionales abstenerse, por favor.

»Los interesados presentarse en el hotel Siders, de Sierre, Suiza, hasta el día 15 del actual, y preguntar por el señor Adam Aykroyd».

Los dos guapísimos atletas alzaron la mirada, un tanto perpleja, un tanto divertida.

—¿Y bien? —preguntó Mirja.

El tipo de la ganzúa se acercó a ellos, sacó un mapa, lo desdobló, y se sentó en el suelo frente a ambos, tendiéndoles el mapa orientado hacia ellos, y señalando un punto.

—Ustedes están aquí, viviendo en Gstaad, de modo que deben conocer bien los alrededores. Muy cerca —señaló otro punto del mapa—, al pie del Matterhorn...

—Si se refiere al monte, los italianos lo llaman Cervino —comentó Ivo Popov.

—Pero nosotros no somos italianos, y ni siquiera estamos en Italia, sino en Suiza, de modo que esta montaña es la Matterhorn. A sus pies hay varios valles. Al principio de uno de estos está Sierre, un lugar de relativa afluencia turística. Pues bien, valle abajo, a unos veinte kilómetros de Sierre y cerca de la localidad llamada Zinal, nosotros tenemos una... estación de estudios.

—¿Qué es eso de una estación de estudios?

—En realidad es un chalé, bastante más grande que este de ustedes. Como les digo, está situado entre Zinal y el Dent Blanche, un pico nevado de cuatro mil trescientos y pico metros de altura. Digamos que el chalé está situado en una zona intermedia que no puede sorprender a nadie, pero por la que nadie tiene interés.

—Aislamiento muy conveniente —sonrió Mirja—. ¿Es casual?

—No. Entiendan, no es que el chalé esté escondido. Por el contrario, puede verse muy bien, pero está en una zona que no es de paso y a la cual nadie puede tener interés en ir. Pero, aunque no hay impedimento visible, si alguien intentase acercarse demasiado tendría... pequeños contratiempos que, con toda seguridad, le harían desistir. Y en caso de una insistencia poco corriente, esos pequeños contratiempos aumentarían. Incluso podría llegar el momento en que los contratiempos se convirtieran en serios disgustos.

—Usted está diciendo que alrededor del chalé hay vigilancia disuasoria, es decir, hombres armados, si bien solo se dejarían ver en último extremo, en caso de total necesidad.

—Así es. Cuanto más cerca estuviera una persona de ese chalé más dificultades iría encontrando para llegar a él.

—¿Qué tienen ustedes en ese chalé? ¿El secreto de la Vida?

—No tanto. Solo hay algunos científicos realizando pruebas de laboratorio.

—¿Qué clase de pruebas?

El hombre titubeó, pero terminó haciendo un gesto de resignación.

—Terminaría por decírselo, así que no vale la pena discutir. Esas pruebas están destinadas a la consecución de un antivirus, una vacuna inmunizadora. Usted sabe que la mayoría de los países beligerantes disponen hoy en día de bombas bacteriológicas de diversas características. Por ejemplo, la peste. Pues bien, supongamos que usted se entera de que en la zona en la que se halla van a lanzar una bomba bacteriológica de la peste: se toma usted por vía bucal su vacuna antivirus, y ya puede estar tranquilo, por bombas que lancen.

—¿Algo así como la vacuna antipolio, al alcance de todos y sin problemas conocidos?

—En efecto, algo así.

—Ya. Y dígame, señor... señor...

—Halfer.

—Señor Halfer —sonrió cortésmente Mirja—, ¿qué tiene que ver ese chalé con el anuncio que solicita la pareja más completa para una película?

—Bueno, el chalé laboratorio está situado valle abajo, y nosotros nos hemos enterado secretamente de que una de las pruebas a qué someterán a los candidatos será una marcha por las montañas, sobre nieve, con esquíes y raquetas... Creemos que esa marcha se realizará cerca de nuestro chalé, y no nos gusta.

—¿Por qué? ¿Temen algo? ¿Creen que lo de la película es un truco?

—El hombre que firma el anuncio, el tal Adam Aykroyd, es, en efecto, productor de cine, especializado en superproducciones, lo que nos hace pensar que la película en cuestión será importante, o que eso se pretende, al

menos.

—Entonces, ¿qué es lo que temen o de qué desconfían?

Halfer sacó un sobre de un bolsillo, y del sobre unas fotografías, que pasó a Ivo y Mirja. Todas ellas correspondían al mismo hombre, tomado en diferentes planos y distancias. Un sujeto de unos cuarenta años, alto, atlético, elegante, de cabellos lisos y como planchados con gomina sobre su redonda cabeza. Sus ojos eran grises, y había en su boca grande y fina un gesto duro, seco, que pretendía ser disimulado con una sonrisa que no engañó ni a Popov ni a la pelirroja. Los dos miraron a Halfer, esperando la explicación.

—Es el hombre que nos hace pensar que algo se está tramando muy astutamente en torno a nuestro laboratorio —explicó el suizo—. Está utilizando pasaporte alemán a nombre de Karl Roetter, y es el director y guionista de la película. Si esto fuese cierto y único no nos preocuparíamos, pero sucede que el tal Roetter ni se llama así ni es alemán. Es ruso, y su verdadero nombre es Iván Tamarinov. Trabaja para el servicio secreto chino.

—¡Atiza! —exclamó graciosamente Mirja Stamp.

—Oiga —mostró su pasmo Ivo Popov—, ¿pretende meternos en un tinglado de espionaje?

—No se las den de inocentes conmigo —gruñó Halfer—. Sabemos que ustedes han ganado buenos montones de dólares haciendo cosas... de lo más extrañas y peregrinas. Miren, si delante de la gente ingenua ustedes quieren aparecer como dos angelitos, pues muy bien, pero conmigo nada de cuento, por favor. Y si no, a ver: ¿qué hacen ustedes con un rifle de repetición, una pistola, un abridor de coches, un...?

—Bueno, bueno, hombre, tranquilo —sonrió amistosamente Popov—. No se enloquezca, y díganos qué espera exactamente de nosotros.

—Hay dos cosas muy claras en esto, señor Popov. Una, que no vamos a permitir de ninguna manera que Tamarinov o cualquier otro nos arrebate el antivirus en el que están trabajando nuestros científicos...

—¿Qué más daría, hombre? —se sorprendió Mirja—. ¡Un antivirus no haría daño a nadie! ¡Si me dijese usted un virus...!

—No vamos a permitir que nos roben —gruñó Halfer—. La segunda cuestión es que si Tamarinov se ha enterado de que estamos trabajando en ese antivirus es porque alguien se lo ha dicho, ¿no? Y nosotros queremos saber quién se lo ha dicho, ya que esas investigaciones son... o eran secretas. Maldita sea, nos gustaría saber quién es el traidor que ha informado a Tamarinov.

—Le comprendo a usted —dijo amablemente Popov—, y hasta comparto su justificada ira, pero hay algo que no logro comprender: ¿qué pintamos Mirja y yo en esto? ¡Y no me diga que no disponen ustedes de

personal más capacitado para afrontar una situación como la presente.

—Claro que sí. Pero no queremos utilizar personal que podría ser reconocido aunque solo fuese por su modo de operar. Tampoco queremos alarmar sin necesidad a Tamarinov, ya que si nos equivocamos preferimos que él siga por aquí creyendo que no ha sido identificado, a ver qué hace y de qué nos enteramos. Siempre es aleccionador ver qué hace el adversario cuando cree que nadie le observa.

—Caray —abrió mucho Mirja los bellísimos ojos—. ¡Usted sí que es listo, señor Halfer!

¿Verdad, mi amor?

—Muy listo —gruñó Popov—. Pero el hecho cierto es que el señor Halfer nos quiere complicar la vida a ti y a mí. Esto es cojonudo, vamos: no quiere complicársela él, pero quiere que nos la compliquemos nosotros.

—¿Se les ha tratado mal en Suiza? —sonrió por fin Halfer.

—La verdad es que no. Se está muy bien aquí.

—Vamos, señor Popov, nosotros hemos estado haciendo la vista gorda con un aventurero yugoslavo y una aventurera checoslovaca que viven juntos en nuestro país gozando de la vida... ¿No merece eso un agradecimiento? Y además, no vamos a pedirles nada que ustedes no sean perfectamente capaces de hacer. Si quieren, puedo leerles el *dossier que* hemos confeccionado sobre ustedes dos.

—No, ¡qué horror! —se estremeció cómicamente Mirja—. Yo soy de las que prefieren olvidar el pasado.

—Tampoco es para tanto —sonrió Halfer.

—Era para darle coba a usted.

El suizo se echó a reír. Estaba ya tranquilo, y sabía que había encarrilado bien el asunto. Ivo Popov, que reflexionaba, movió la cabeza.

—O sea —masculló—, que tenemos que ir a ese hotel Siders a ver de qué nos enteramos vigilando a Karl Roetter, o sea, Iván Tamarinov... ¿Qué nos dice del otro, ese Adam Aykroyd?

—Es un tipejo cargado de millones que se dedica a vivir alegremente. Hace tiempo le dio por financiar películas, y en eso sigue, porque se divierte muchísimo, sobre todo en lo referente a mujeres: con el cuento de que es un gran productor se lleva a la cama a lo mejorcito; ya sabe, chicas de esas jovencitas y encantadoras que están dispuestas a todo con tal de ser estrellas cinematográficas.

—¡Pobre de mí! —gimió Mirja—. ¡Ya me veo en la cama de ese hombre!

—Oigan, dejen de hacerse los mártires, ¿quieren? Ustedes no solo tienen agallas para eso y más, sino que son dos magníficos deportistas en un montón de cosas, de modo que hasta podrían ganar el concurso y convertirse en actores. De modo que... ¿aceptan o no aceptan ir al hotel

Siders?

CAPÍTULO II

Por el momento quien estaba ganando dinero con el asunto de la película *Redsky* era el hotel Siders. O al menos, lo ganaría cuando, finalizadas las pruebas a los concursantes, terminase la estancia de estos en el hotel y le fuese pasada la factura al señor Aykroyd, que corría con todos los gastos.

El hotel Siders no era de superlujo, pero sí de lujo. Estaba situado fuera de la población, casi un kilómetro al Sudeste, muy cerca del Ródano, y rodeado de preciosas vistas de montañas, algunas de ellas, a lo lejos, se divisaban nevadas. Muy cerca, en dirección opuesta al rio, había un precioso bosque de castaños.

Delante de la fachada principal había una hermosa terraza que, en los meses de verano, se llenaba de mesas, parasoles y tumbonas para descansar en estas mientras se gozaba del calor del sol y se descansaba la vista contemplando el verde llano que aislaba el hotel de la carretera que desde Sierre se dirigía hacia la Nacional 9, cruzada la cual, siguiendo una bifurcación, se ascendía hacia Vissote, Ayer y Zinal entre formidables barrancos y pintorescas vistas y diminutas localidades.

En invierno, la terraza permanecía naturalmente desierta; pero en primavera, en días de sol, y aunque todavía hiciese frío, siempre había quien se atrevía ya a disfrutar del sol, por lo que se ponían unas cuantas mesas, sillas y tumbonas a disposición de los clientes más ávidos de los beneficios del astro rey.

Aquel día de tibio sol, ya casi a la hora del almuerzo, había quizá veinte personas en la terraza, conversando y tomando aperitivos de lo más variados, desde agua mineral hasta jugos de pomelo o sofisticados vermús italianos. Pero, claro, había tantas personas porque la mayoría de ellas eran deportistas, gente joven, fuerte, que no temían al frío ni, posiblemente, a cualquier contratiempo, fiados en su poderío físico.

Estas veinte personas oyeron y vieron casi a la vez la avioneta. Primero la oyeron, y la buscaron por el cielo sin dejar de conversar unos con otros en pequeños grupos, luego la vieron, destellando al pálido sol. Algunos la señalaron, haciendo comentarios sin importancia.

Y todos callaron súbitamente cuando, de pronto, de la avioneta se desprendió con fuerte impulso un gran paquete. Un gran paquete que descendió en forma de gran equis rápidamente hacia la campiña.

—¡Es un paracaidista! —exclamó alguien.

—Vaya —gruñó un guapo muchacho—, ya tenemos otro deportista

para disputarnos el papel en la película.

—Lo que no se le puede negar —rio una preciosa muchacha de cabellos rubio ceniza— es que sabe llegar espectacularmente.

—Yo creo —dijo un formidable atleta de colosales hombros— que como deportistas que somos deberíamos avisar al señor Aykroyd de que todavía llega alguien más, y que vea su interesante entrada en escena.

—Mucha buena voluntad es esa, Koliopos —rio otro atleta.

—Pero él tiene razón —dijo una jovencita de sospechosa apariencia frágil—. ¡Yo misma voy a avisar al señor Aykroyd!

—Dile que no se dé prisa —señaló otra chica hacia el cielo—: el paracaidista ha abierto el chisme ese, de modo que tardará en llegar al suelo. ¡Es una lástima que el señor Aykroyd no haya visto la caída a tumba abierta!

La muchacha de frágil aspecto miró al paracaidista. En efecto, el paracaídas Se había abierto, a más de trescientos metros de tierra, después de haber permanecido cerrado en una caída libre de no menos de cuatrocientos, lo que no dejaba de ser impresionante.

No hubo necesidad de que la muchacha avisara al señor Aykroyd, porque este apareció a toda prisa en la terraza, acompañado del interesante y no poco atractivo Karl Roetter, guionista y director de la película en proyecto.

—¿Ha visto eso, señor Aykroyd? —preguntó otra muchacha—. ¡Lástima que no haya presenciado la primera parte de la caída!

—Se equivoca, querida —la miró melosamente Adam Aykroyd—. Karl y yo la hemos presenciado detrás de los cristales.

—Ese tipo es un fanfarrón —gruñó otro atleta, señalando el paracaidista, que descendía ahora suavemente pendiente de la blanca sombrilla de seda refulgente al sol—.

¿A quién pretende impresionar?

—Sin duda alguna, a mí —rio Aykroyd—. Y la verdad es que esa caída libre no ha estado nada mal.

—¿Entiende usted de salto en paracaídas, señor Aykroyd? —se le acercó melosamente una jovencita de negros cabellos, moviendo las caderas como si fuesen un péndulo.

—Yo no, pero sí Karl —volvió a reír Aykroyd.

—Fíjate en eso —dijo de pronto Roetter, señalando hacia el llano.

Todos dejaron de mirar al paracaidista, y vieron entonces el vehículo que rodaba por él llano, saltando espectacularmente en las irregularidades del terreno, efectuando giros, aceleraciones no menos espectaculares que la caída del paracaidista.

—Cielos —exclamó una chica—, ¡eso es conducir!

—Ese hombre no conduce —dijo otra—: simplemente, va de un lado a

otro, adonde le lleva el coche en los resbalones sobre la hierba y en los rebotes. ¡No está controlando el coche, el coche le controla a él!

—¡Claro que no! ¡Está haciendo lo que él quiere!

Aykroyd miró a un hombre de mediana estatura y rostro ceñudo, cuya mirada estaba fija en el vehículo terrestre. Curioso para ser utilizado en aquella época todavía fría, pues parecía una jardinera de paseo, completamente descubierto. El conductor llevaba como indumentaria lo que parecía un mono negro.

—Diga usted algo, Lamartine, como as de la Fórmula 1: ¿está mandando el conductor o mandan el terreno y la hierba?

—Está mandando el conductor —gruñó Lamartine—. Todo eso que nos parece descontrol no son más que filigranas hechas a propósito.

—¿Lo ves? —exclamó la chica favorable al conductor.

—No sé por qué —dijo Karl Roetter, mirando hacia el paracaidista— me parece que estamos a punto de presenciar algo interesante de verdad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Aykroyd.

—Prefiero no decirlo, por si me equivoco, de tan fantástico que parece...

Pero no hacía falta que lo dijera, porque los demás comenzaban a darse cuenta de la maniobra, comenzaban a comprender que no era casual que hubieran aparecido a la vez el paracaidista y el conductor de la llamativa jardinera que maniobraba en el llano con espectaculares giros y saltos.

No, no podía ser casualidad.

Como no podía ser casualidad que, poco a poco, el vehículo fuese acercándose a la zona de descenso del paracaidista, el cual conducía el paracaídas con tirones de las cordadas hacia el vehículo que conducía el sujeto del mono negro. Gran contraste, pues el paracaidista llevaba un mono blanco, como blanco era también el casco con que protegía su cabeza.

—Demonios —murmuró alguien—. ¡Demonios, no me lo creo!

—Pues lo van a hacer —aseguró Roetter.

Por el momento ya no hubo más comentarios. A la terraza había salido más gente, incluso clientes del hotel no relacionados con el concurso deportivo múltiple destinado a la elección de la pareja que protagonizaría la película *Redsky.* Un camarero apareció también, con una bandeja en las manos, y se quedó mirando boquiabierto las maniobras del paracaidista y el conductor de la jardinera.

Acudían inexorablemente uno al encuentro del otro, y todo ello sin que el conductor dejase de hacer virajes, saltos y aceleraciones tremendas con el simpático vehículo descubierto... y sin que, colgado del paracaídas, su usuario dejase de mover las cordadas, con lo que el descenso era en vaivén y en zigzag.

La gris mirada de Karl Roetter parecía haberse aguzado, y permanecía fija en el paracaidista. Él sabía muy bien que para hacer todo aquello, y el salto libre de más de cuatrocientos metros, era necesario haber efectuado gran cantidad de saltos y tener un valor a prueba de muerte. Quienquiera que fuese aquel sujeto habría de ser tenido en cuenta.

Al camarero casi le llegaba la barbilla al pecho, tan boquiabierto estaba. El vehículo y el paracaidista se iban aproximando, y finalmente quedó el primero justo bajo el segundo, tras una última filigrana pasmosa. Entonces, el paracaidista se desprendió ágil y rápidamente de los atalajes, quedó colgando de estos sujetándose con las manos, se balanceó por última vez, y se soltó.

El paracaídas salió disparado efectuando extrañas contorsiones, en dirección opuesta al paracaidista, que fue a caer de pie en el asiento contiguo del conductor, sentándose acto seguido. Entonces, el vehículo se dirigió directo hacia el hotel Siders.

—Caray —dijo Adam Aykroyd.

El camarero cerró la boca, se dio cuenta de que la bandeja se le estaba ladeando, a punto de deslizarse su contenido al suelo, y se enderezó muy dignamente. Karl Roetter miraba ahora hacia el vehículo, ocupado por una persona con mono blanco y otra con mono negro.

—Todavía tengo los pelos de punta —dijo la jovencita de negros cabellos, tomándose de un brazo de Aykroyd de tal modo que sus senos se aplastaron con poderosa turgencia en aquel—. ¿Usted no está impresionado, señor Aykroyd?

—Más bien admirado —aseguró Aykroyd—. Está usted restallante esta mañana, Madeleine.

—Estoy... ¿qué? —rio la morena.

—Bellísima en plan volcánico —deslizó Aykroyd en su oído.

—¡Oh! ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—Porque noto el calor de sus cráteres, querida.

Madeleine se echó a reír. Pero nadie le hacía demasiado caso en esta ocasión, porque toda la atención se concentraba en el vehículo que se acercaba al hotel, y que llegó en pocos segundos, deteniéndose frente a la entrada principal y por tanto un poco a la izquierda de la terraza, en la cual se agrupaban todos cuantos habían presenciado la espectacular entrada en liza de los dos recién llegados.

Estos saltaron a la vez del vehículo, y se quitaron los respectivos cascos. El rostro masculino que quedó visible, así como el corte aquilino de su cabeza, eran no poco impresionantes, pero la llamarada roja acaparó la atención de todos con preferencia: al quitarse el casco el paracaidista, una gran cabellera suelta, espléndida, alborotada, roja como el fuego, pareció atraer toda la luz del sol y lanzar una llamarada.

—¡Atiza! —exclamó el argentino Madrazo—. ¡Pero si es una mujer!

Comenzó a aplaudir, y los demás le imitaron rápidamente. Incluso los clientes normales del hotel que habían presenciado el «show» (pues no de otro modo podía llamarse) aplaudieron de buena gana. El único que no aplaudió fue el camarero, que no sabía qué hacer con la bandeja.

La pelirroja estaba riendo, y, agarrando de un brazo a su compañero, tiraba de él hacia la terraza.

—¡Bravo! —gritó con cierta guasa el italiano Scopelli—. ¡Bravo, bravísimo!

Karl Roetter concentraba toda su atención en el rostro de la pelirroja del mono blanco. Especialmente, en los grandes, bellísimos ojos azules. Pero, cuando por un momento miró el rostro del hombre del mono negro, comprendió que también él era muy digno de estudio; sus oscuros ojos parecían de piedra, y había en sus facciones, en la forma de su barbilla, una impresionante solidez de carácter.

—Gracias, muchas gracias —llegó diciendo la pelirroja—. Son ustedes muy amables, ¡gracias!

—¡Vaya una entrada en escena, amiguita! —exclamó la chica de los cabellos rubio ceniza.

Adam Aykroyd se acercó a la pareja, llevando como a rastras a la morena de los senos volcánicos, que no parecía dispuesta a soltar su presa.

—Supongo que vienen ustedes por lo de la película —dijo Aykroyd—, así que me presentaré: soy Adam Aykroyd.

—¡Oh, pero esto es estupendo! —exclamó la pelirroja, abriendo mucho los increíbles ojos—. ¡Nada más llegar y nos recibe precisamente el mismísimo señor Aykroyd! ¿No te parece emocionante, mi amor?

El hombre del mono negro miró a la pelirroja que seguía abrazada a su brazo izquierdo, frunció el ceño, y preguntó:

—Oiga, ¿quién es usted?

La pelirroja le miró a su vez, puso cara de pasmo súbito, y exclamó:

—¿Quién es usted? ¡Usted no es Gustavo!

—No tengo por qué ser Gustavo —replicó secamente el hombre—, pero usted sí tendría que ser Margaretta.

—¡Yo no soy Margaretta!

—Eso es evidente. ¿Quién demonios es usted?

—¿Qué le ha pasado a Gustavo? —exclamó la pelirroja.

En la terraza se había hecho un gran silencio, y ahora todos los presentes iban mirando, atónitos, de la pelirroja al atleta de oscuros ojos, y viceversa. La estupefacción era general y total. Incluso el impenetrable y siempre muy atento Karl Roetter no entendía lo que pasaba.

—Escuche, a mí no me interesa en absoluto lo referente a ese Gustavo —dijo el hombre que no era Gustavo—, pero sí quiero saber por qué usted

no es Margaretta.

—¡No soy Margaretta porque soy Mirja!

—Escuche, nena, nada de hacerse la graciosa conmigo —la agarró de pronto por la pechera del mono el hombre que no era Gustavo—. ¡Quiero saber inmediatamente dónde está Margaretta!

—¡Y yo quiero que me diga usted quién es, ya que no es Gustavo! Y le diré otra cosa, cara de tigre: si no me suelta le voy a partir la cara.

—No me diga —sonrió ampliamente el cara de tigre— que no se llamaba Gustavo.

—¿Quiere verlo? —se adelantó agresivamente la deliciosa barbilla de la pelirroja, hendida por un hoyuelo vertical.

—Bueno, calma, calma —recomendó Aykroyd, reaccionando, y alzando las manos tras desprenderse por fin del abrazo de la morena—. Parece que han sufrido ustedes una confusión, pero eso no es suficiente para que dos personas civilizadas se agredan una a la otra, ¿de acuerdo?

—Si este mamarracho no me suelta no habrá acuerdo —dijo la pelirroja.

—Escuche, pelo de fuego —deslizó lentamente el hombre que no se llamaba Gustavo— a mí no me amenaza ninguna mujer, ¿se entera?

—¿Y usted, se entera de que si no me suelta se va a quedar sin narices? —advirtió la pelirroja.

—¿Quiere usted ver, preciosa, cómo la dejo calva de una bofetada?

En alguna parte del cada vez más amplio y nutrido círculo de curiosos sonó una risa, y enseguida esta se extendió por todo el círculo. Adam Aykroyd hizo un gesto como de impotencia.

—Vamos, vamos —pidió—, sean razonables. Lo primero de todo es que suelte usted a la señorita. Luego ya verán cómo todo quedará explicado satisfactoriamente. ¿Qué les parece?

El hombre que no se llamaba Gustavo soltó a la pelirroja, que le dirigió una mirada fulminante y mascculló:

—Se acordará de esto, amigo.

—¿Dónde está Margaretta? —gruñó él.

—¿Y qué me dice de Gustavo? —casi gritó ella, poniéndose las manos en la cintura—.

¿Eh? ¿Qué me dice de Gustavo?

—¡No empecemos otra vez! —exclamó alarmado Aykroyd, provocando más risas en los espectadores—. Veamos... Empezaremos por la señorita, si no le importa... ¿Quién es usted?

—Soy Mirja Stamp —movió ella la cabeza con bella firmeza, como lanzando una llamarada a su alrededor—. Y si usted es el señor Aykroyd me alegro muchísimo de conocerle, pues he venido a eso precisamente. Bueno, y a que usted me conozca a mí, se entiende.

—Se entiende —sonrió Aykroyd—. Viene usted por lo de la película, naturalmente.

—Naturalmente.

—Estupendo. Encantado de conocerla, señorita Stamp. Ha llegado usted el último día, y con muy poco tiempo, pues a las cinco de la tarde se cerrará la admisión de participantes. Pero, en fin, aquí está, y, como a los demás, le deseo suerte.

—Gracias —sonrió la pelirroja—. La suerte siempre viene bien, por muchos méritos personales que se tengan.

Adam Aykroyd, que debía tener unos cincuenta años, era más bien bajito, considerablemente calvo y decididamente rechoncho, tuvo el fugaz pensamiento de que, ciertamente, para sí quisiera él los méritos de la señorita Stamp; cuando menos, los méritos visibles, pues además del bellísimo rostro la señorita Stamp tenía un cuerpo absolutamente sensacional, cosa que no podía ocultar ni siquiera el holgado mono que al principio los había desconcertado a todos. Sería cosa digna de verse: la señorita Stamp en ropa interior, o, mejor todavía, sin ropa alguna...

El señor Aykroyd reaccionó rápidamente, carraspeó, y miró al hombre que no se llamaba Gustavo, y que le contemplaba con una fijeza que a Adam le pareció fría e irónica.

—Bueno, supongo que usted también viene por lo de la película...

—¿A qué otra cosa se puede venir a un lugar como este? —replicó el hombre que no se llamaba Gustavo.

—¡Caramba, a muchísimas cosas! —exclamó el camarero de la bandeja.

Todas las miradas se volvieron hacia él, y el hombre enrojeció y pareció empezar a encogerse.

—¿De veras? ¿Cuáles muchísimas cosas? —preguntó el no Gustavo.

—Bue... bueno, se puede esquiar, pasear por lugares pintorescos, pescar, jugar al tenis en las dos pistas que hay detrás del hotel, visitar interesantes monumentos arquitectónicos y museos, descansar... ¡Muchas cosas!

—Fantástico. Pero en fin, yo solo he venido a ver si protagonizo la película, en efecto.

—Magnífico, magnífico —dijo Aykroyd—. ¿Cuál es su nombre?

—Ivo Popov.

—Muy bien, señor Popov, Voy a encargarme de que tanto usted como la señorita Stamp dispongan cada uno de una habitación...

—Evidentemente —intervino de pronto Karl Roetter— la señorita Stamp y el señor Popov no forman pareja. ¿Es así?

—Bien claro ha quedado, ¿no? —saltó Mirja Stamp.

—Sí, eso sí —admitió Roetter—. Lo que no ha quedado claro son las

circunstancias que han dado lugar a esa confusión por parte de ustedes. No sé los demás, pero yo no lo he entendido bien. El salto de usted, la aparición del señor Popov con el coche, las maniobras que han estado realizando ambos... sugieren no solo una gran compenetración entre ambos, sino incluso algún que otro ensayo, así que... no entendemos eso de que no se conozcan ustedes entre sí, ni qué clase de confusión ha habido.

—¿Y eso qué importa a nadie? —gruñó Ivo Popov.

—Me importa a mí, por ejemplo, como guionista y director de la película —dijo amablemente Roetter—: espero que no hayan olvidado ustedes que se solicita una pareja, no personas... sueltas.

—¿Y cuál es el problema? —alzó Popov las cejas—. Todo lo que han de hacer ustedes es seleccionar al mejor hombre y a la mejor mujer de los que hay aquí, y formar con ellos la pareja más completa. Y esa pareja no tiene por qué serlo en la vida real, puede estar formada por un elemento de cada pareja, es decir, formar una pareja nueva con la mujer y el hombre de dos parejas diferentes.

—Hasta ahora, señor Popov, aquí solo han venido parejas. Aunque... tal vez tenga usted razón. ¿Por qué no tener en cuenta su idea? Sin embargo, en muchas de las pruebas la pareja tienen que afrontarlas juntos, y, a menos que la señorita Stamp y usted lleguen a un acuerdo razonable para formar pareja, me temo que no podrán tomar parte en las diversas competiciones.

—O sea, que o llegamos a entendernos bien o no podremos participar en todas las pruebas, ya que algunas de ellas son para parejas.

—Exacto. Y la no participación implica pérdida de puntos, claro está, con lo que, al final, al hacer el recuento tota! de puntos para elegir la pareja ganadora, ninguno de los dos tendría los suficientes para alzarse con el triunfo.

—Es decir —intervino de nuevo Mirja—, que o concursamos como pareja o perderemos el tiempo.

—Yo diría que se trata de eso exactamente —sonrió Roetter.

—¿Y qué clase de pruebas tienen que realizar las parejas?

—Eso no puedo decirlo todavía, señorita Stamp.

—Ya. En fin... que o concurso con él o ya puedo marcharme.

—Sí. Y lo mismo reza para el señor Popov.

Mirja Stamp e Ivo Popov se miraron. Y se quedaron así, mirándose fijamente. Alrededor de ellos todo era silencio ahora. De pronto, Popov sonrió, se acercó a Mirja, y la abrazó por la cintura.

—Cariño, ¡tú por aquí, qué sorpresa! —exclamó.

—¡Oh, sí, qué sorpresa! —pareció cantar ella, abrazándose a su cuello —. ¡Me alegro mucho de verte, de veras!

—Mirja querida...

—¡Amado Popov!

—Popov, no —gruñó este—: mi nombre es Ivo. Popov es el apellido.

—Oye, no te pases, ¿de acuerdo? —le miró hoscamente Mirja Stamp—. ¡Te llamaré como me dé la gana!

—No, señora: me llamarás Ivo, que es mi nombre.

—¿Y qué tiene de malo Popov?

—¡No tiene nada de malo, pero mi nombre es Ivo!

—Pues yo te llamaré Popov.

—De acuerdo, Stamp, como quieras.

—Mi nombre es Mirja, querido.

—Y el mío es Popov... ¡digo Ivo! ¡Maldita sea!

—Vamos, no te enfades —se echó a reír dulcemente Mirja Stamp—. ¿Qué más da Ivo que Popov, Mirja que Stamp? Si a ti te gusta que te llame Ivo, pues te llamaré Ivo.

—Y yo te llamaré Mirja a ti.

—¡Querido Ivo!

—¡Mirja, amor mío!

Se abrazaron fuertemente, y se besaron en la boca. El pasmo era total en los presentes en la terraza, no se oía el más leve ruido. El beso continuaba, y parecía que fuese a durar eternamente. Adam Aykroyd contemplaba fascinado la sonrosada boca de Mirja Stamp como fundiéndose entre los labios de Ivo Popov, que deslizó una mano por la espalda de la paracaidista, llegó a la nuca, y la introdujo entre los rojos cabellos...

Era un beso de los llamados de película, realmente. Y nadie sabe lo que habría durado si el encanto no hubiera sido roto por lo inevitable: por fin, la bandeja escapó de las manos del boquiabierto camarero, resonando con gran estrépito en las losas de la terraza, donde se hicieron pedazos los vasos y los botellines con los diversos aperitivos.

Hubo un movimiento general, mientras, despacio, Mirja e Ivo separaban sus bocas. Se quedaron mirándose a los ojos.

—No ha estado nada mal, ¿sabes? —susurró Mirja.

—Francamente, besas mejor que Margaretta —dijo Popov.

—Y tú mejor que Gustavo, ¡ya lo creo!

—¿Qué te parece? ¿Le decimos al señor Aykroyd que en lugar de dos habitaciones nos encargue una sola?

—Yo creo que sería acertado —asintió Mirja.

—¿Te apetece un aperitivo?

—¡Me encantará tomar un aperitivo en tu compañía! Pero no me parece que nuestro atuendo sea el más adecuado para un lugar tan elegante como este, mi amor.

—Eso tiene fácil arreglo. Al menos, yo he venido preparado.

Soltó Popov a Stamp, bajó la cremallera pectoral del mono, se lo echó

hacia atrás, y procedió a quitárselo, dejando al descubierto su atuendo deportivo de calle. Mirja Stamp hizo lo mismo, de modo que ambos quedaron con jersey negro, ella con falda y él con pantalones. Ivo Popov fue al vehículo, tomó una bolsa de lona que había en los asientos de atrás, y regresó rápidamente a la terraza. De la bolsa sacó otra bolsa que tendió a Mirja, la cual se quitó las botas de salto, y se puso los zapatos que contenía la pequeña bolsa. Mientras tanto, Ivo Popov había sacado también de la bolsa dos chaquetas de *tweed,* una de color crema, para él, y una azul oscuro para Mirja Stamp.

Ya transformados ambos, Ivo metió de nuevo la mano entre los cabellos de Mirja, por la nuca, y la atrajo.

—Eres única, cariño.

—Nadie como tú. Popov.

—Ivo.

—Como quieras, Ivo.

—Bueno —se echó a reír de pronto Karl Roetter—, no sé si conseguirán o no los papeles de protagonistas de la película, pero lo seguro es que han ganado el primer premio en cuanto a espectacularidad se refiere... ¡Y que me maten si no son ustedes los más grandes comediantes del mundo!

CAPÍTULO III

—Y bien, señor Aykroyd —dijo Mirja, sentándose en el diván del bar junto al productor cinematográfico—, ¿ha llegado ya a alguna conclusión?

—¿Respecto a qué? —sonrió Aykroyd.

—A la actuación de Ivo y yo a nuestra llegada. ¿Usted qué opina? ¿Nos conocíamos o no? ¿Fingíamos cuando decíamos conocernos? ¿O fingíamos cuando tan de pronto se encendió ese gran amor entre nosotros?

Adam Aykroyd se echó a reír. La morena Madeleine, que estaba sentada frente a él en un sillón, junto a otro ocupado por un apuesto muchacho de ojos verdes llamado Jean Delmaret, la miró con evidente hostilidad. Estaba bien claro que habría preferido seguir acaparando las atenciones e intenciones de Adam Aykroyd, por supuesto contando con el beneplácito de su compañero, el guapo Delmaret. Pero, aunque seguramente el señor Aykroyd debía estar dispuesto a divertirse con todas las preciosas chicas que pudiera de las allí reunidas, no era menos cierto que desde la llegada de Mirja Stamp sus preferencias habían quedado bien claras... a pesar de la vigilancia de Ivo Popov, que nunca andaba lejos de Mirja.

—Si solamente hubieran llegado ustedes hasta el momento del beso seguramente no sabría qué decir —sonrió Aykroyd—, pero, claro, con todo lo que ha sucedido luego ya sé a qué atenerme.

—¿Qué es lo que ha sucedido luego? —alzó las cejas Mirja, que lucía un discreto, sencillo y encantador vestido de noche.

—Querida, no es necesario entrar en detalles... Después del aperitivo almorzaron juntos, subieron a descansar juntos a una sola habitación, bajaron juntos a media tarde, cenaron juntos, y además de todo esto resultó que en el coche el señor Popov llevaba los equipajes de ambos... Sumando todo esto es fácil comprender que ustedes ya se conocían más que de sobra y que todo fue preparado para dar espectacularidad a su llegada.

—O sea que fingíamos cuando debíamos no conocernos.

—Evidentemente.

—De acuerdo —se echó a reír Mirja—. ¿Qué le ha parecido nuestra actuación?

—Muy buena. Es una lástima que no estuviésemos ya dando puntos, pues habrían conseguido bastantes tanto en su representación teatral como en su faceta deportiva: el señor Popov conduce admirablemente, y usted... Bueno, estoy seguro de que ha saltado en parecidas no menos de cien veces.

—Se queda usted un poquito corto —le miraba sonriente Mirja—. Ha sido una cena encantadora, ¿no le parece?

—Se trata de pasarlo bien —asintió Aykroyd—. De todos modos, por la mañana las cosas empezarán a ponérseles difíciles a ustedes.

—Es de suponer. ¿Cuál será la primera prueba?

—No puedo informarle de eso, lo siento.

—Oh. Bueno, creí que habría... un calendario de pruebas, o algo parecido.

—No es así.

—¿Significa eso que no podemos conocer por anticipado las pruebas que se irán sucediendo? Yo habría preferido conocerlas todas, así como su orden, para mentalizarme antes de cada una de ellas.

—Ya te ha dicho que no podemos saberlo ninguno, guapita —dijo con manifiesta hostilidad Madeleine.

Mirja Stamp la miró; simplemente, la miró, con aparente naturalidad y placidez. Luego miró sonriente al guapo Delmaret, y dijo:

—Hace rato que tengo deseos de tomarme una copa de Champaña... ¿Me acompañas, Jean?

—¿Dónde está Ivo? —preguntó este.

—¿Prefieres beber la copa en su compañía? —preguntó con simpática malicia Mirja. Aykroyd se echó a reír. Delmaret sonrió, se puso en pie, y tendió la mano a Mirja, que se tomó de ella, se puso en pie, y miró amablemente al productor cinematográfico.

—Tenga cuidado cuando se ponga en pie, señor Aykroyd —advirtió—, no vaya a pisar alguna serpiente; hay algunas por aquí.

Aykroyd se quedó sin saber qué decir, mientras Madeleine palidecía. Cuando quisieron reaccionar, el guapo Delmaret y la bellísima Mirja ya no estaban a su alcance.

Y tampoco lo estaba Ivo Popov. Lo cuál era raro en verdad, porque hasta entonces el impresionante Popov no había estado en ningún momento lejos de Mirja Stamp. Pero, en fin, en alguna parte debía estar el señor Popov...

* * *

El señor Popov estaba en aquel momento entrando en su habitación, y lo hacía con el sigilo de un gato. Tanto, que se podía pensar que no entraba en su propia habitación del hotel Siders, sino que se trataba de un ladrón entrando en habitación ajena.

La habitación no alcanzaba la categoría de *suite,* pero sí tenía una pequeña salita de recibo, luego un corto pasillo a cuya derecha estaba el cuarto de baño, y por último el dormitorio. Ivo Popov estuvo cinco o seis segundos inmóvil en la salita de recibo, escuchando. Luego la cruzó,

recorrió el corto pasillo, y el umbral del dormitorio, se quedó mirando al hombre que, de espaldas a él, ante el abierto armario, se dedicaba a ir examinando el contenido de este, abriendo y cerrando cajoncitos y palpando los trajes de Popov y de Mirja Stamp.

Tan absorto estaba el hombre en esta labor, que ni siquiera se le ocurría la elemental precaución de detenerse de cuando en cuando a escuchar por si a su alrededor sucedía algo inquietante o se producía algún ruido revelador. Tan absorto, tanto, que cuando oyó la voz de Ivo Popov, este se hallaba justo tras él:

—Si está buscando algo en especial, yo podría ayudarle.

El hombre soltó un fortísimo respingo mientras se volvía con frenética precipitación y metía la mano derecha bajo la axila izquierda. Ivo Popov adelantó su mano derecha, asiendo la muñeca derecha del hombre y reteniéndola contra el pecho; al mismo tiempo, disparaba su puño izquierdo, por bajo, hacia el vientre del sujeto. El trallazo fue tremendo, y el hombre emitió un gorgorito hacia dentro y palideció. Ivo repitió el golpe, pero ahora un poco más alto y lateral, acertando, como era su propósito, el hígado del desconocido. El rostro de este se descompuso de tal modo que Ivo pensó por un instante que parecía una yema de huevo pisada. Acto seguido, puso los ojos en blanco, y quedó colgando sin sentido de los brazos del implacable Popov, que lo manejó como un muñeco y lo depositó en el amplio lecho.

Muy bien.

¿Y ahora?

Pues ahora, Ivo Popov cambió las tornas, comenzando a registrar al desvanecido sujeto. Lo primero a lo que prestó atención fue a la billetera, en la cual encontró, además de dinero, una tarjeta de identificación a nombre de Udo Lick, de treinta y dos años, nacido en Berlín, de profesión viajante.

«Qué te parece: viajante...», pensó Popov.

En un minuto, Ivo se convenció de que Udo Lick no había robado nada, lo que por otra parte le habría sorprendido, ya que estaba seguro de que Lick no estaba allí para robar, sino para *saber*.

«Tal vez hemos sido incluso demasiado espectaculares».

Movió la cabeza, y se quedó mirando la funda axilar con la pistola que portaba Udo Lick. Utilizando su pañuelo para no dejar huellas dactilares, Ivo retiró la pistola de la funda, le quitó el cargador, y volvió el arma a la funda, quedándose el cargador en un bolsillo. Luego, se sentó en una butaquita junto a la cama, y encendió un cigarrillo.

Así lo encontró Udo Lick, fumando y mirándolo, cuando transcurrido poco más de un minuto se recuperó y, lanzando una ahogada exclamación, se sentó velozmente en la cama.

—¿Qué buscaba usted? —preguntó Ivo Popov.

Lick tenía todavía el rostro de color amarillo. Abrió la boca, emitió un gemido que le convenció de que podía conseguir sonidos, y farfulló:

—No haga preguntas idiotas, amigo.

—No soy su amigo —le recordó Popov—, y nunca hago preguntas idiotas.

—Vine a robar... ¿Qué otra cosa?

—¿De modo que no es usted de la policía alemana? Udo Lick quedó pasmado.

—Claro que no —gruñó enseguida.

—Eso me satisface. Sin embargo, es alemán, ¿no? Y no cometa la tontería de negarlo, pues he visto su identificación.

—Soy alemán, pero no de la policía —gruñó de nuevo Udo Lick.

Y de pronto, al palparse el cuerpo instintivamente, se dio cuenta de que todavía tenía la pistola en la funda. Un gesto de incredulidad apareció en sus facciones. Acto seguido sacó la pistola, y se puso en pie de un salto, apuntando a Ivo.

—¡No se mueva! —ordenó.

Ivo le contempló incrédulamente a su vez. Incrédulamente y con lástima. Movió la cabeza evidenciando esta hacia Udo Lick, y se puso en pie, mientras Lick extendía el brazo apuntando el arma a su pecho.

—¡Le he dicho...!

Ivo Popov dio un paso hacia él. Lick apretó el gatillo, sin que brotase bala alguna de la pistola, naturalmente. Ivo Popov volvió a mover la cabeza, y lanzó un punterazo hacia Udo Lick. Le alcanzó de lleno en los testículos, alzándolo como disparado por un muelle, y dejándolo de nuevo tendido en la cama, pálido como un muerto.

—Si de verdad eres tan tonto deberías pegarte un tiro —masculló Popov.

Se sentó en el borde de la cama junto a las piernas de Lick, descolgó el auricular, y dijo:

—Soy Popov, de la 34. ¿Serían tan amables de enviar un botones a decirle al señor Roetter que acuda urgentemente a verme? Gracias.

Colgó.

Apenas cuatro minutos más tarde, mientras Udo Lick todavía seguía inconsciente, sonó la llamada a la puerta. Ivo fue a abrir, le hizo a Roetter un gesto pidiéndole silencio, y señaló el interior de la habitación. Roetter, cuya expresión por cierto era ya interrogante, se interesó todavía más, y caminó hasta el dormitorio. Vio a Udo Lick en la cama, se quedó mirándolo un par de segundos, y luego se volvió a mirar inexpresivamente a Ivo.

—Le sorprendí registrando el armario —dijo Ivo—. Hemos tenido

ocasión de dialogar un poco, y dice ser un ladrón.

—¿Y qué más? —susurró Roetter.

—Nada más —se sorprendió Popov.

—No entiendo por qué me ha hecho venir, Popov.

—Necesito su ayuda, señor Roetter. Mire, no quiero contactos con la policía, ¿comprende? Y por otra parte, he pensado que un escándalo tan tonto como este podría perturbar la buena marcha de nuestros asuntos. No creo que nos favorezca en nada que la policía venga a molestarnos por un asunto tan tonto. En fin, estoy seguro de que no le gustaría al señor Aykroyd.

—Entonces, ¿por qué no lo ha avisado a él?

—Tengo la impresión de que el señor Aykroyd es más... impresionable que usted. Usted es más como yo. Mire, le estoy pidiendo ayuda, eso es todo.

—No comprendo qué puedo hacer para ayudarle, francamente. Este hombre debió pensar que usted y la señorita Stamp tenían clase y estilo suficiente para ir cargados de joyas, y vino a por ellas. No es más que una rata de hotel, evidentemente. Y me sorprende que hasta ahora no haya faltado nada a ningún cliente, ya que hace no menos de tres días que este hombre está en el hotel.

—¡Ah! —exclamó Ivo—. ¡No sabía eso! Creí que era del exterior.

—Cuando Adam y yo llegamos al hotel, él ya estaba aquí. Bueno —sonrió despectivamente Roetter—, seguramente leyó el anuncio en los periódicos, se dijo que vendría aquí gente con dinero, y se anticipó para esperarnos y saquearnos. Y decidió empezar, cuando ya supo que no llegarían más, empezando por los más espectaculares: usted y la señorita Stamp.

—Bueno —gruñó Ivo—, el caso es que yo no deseo hacer denuncia alguna a la policía, no quiero ser mencionado en esos niveles... y no sé qué hacer entonces con este sujeto. Había pensado que lo denunciase usted, pero seguro que él diría que a usted no quiso robarle nada, sino a mí... ¡Demonios, esperaba su ayuda, señor Roetter!

—¿Por qué no quiere usted ser mencionado, ni relacionarse con la policía?

—Psé —encogió los hombros Popov.

Roetter frunció el ceño. Luego, sonrió.

—Puedo ayudarle con un consejo que seguramente es bueno: olvídese de este sujeto, y en cuanto él se recupere, ya verá cómo se apresura a poner tierra de por medio... y aquí no ha pasado nada. El pobre se volverá loco de alegría con poder marcharse bien lejos de aquí.

—Pues no es mala idea —alzó las cejas Popov—. No es ninguna mala idea. Pero no voy a dejarlo aquí, en mi cama.

—Si no recuerdo mal ocupa la habitación treinta y nueve, en este mismo piso. Podemos llevarlo allá entre los dos, dejarlo en su cama... y ya verá qué pronto se mancha del hotel. Quizá incluso esta misma noche.

—Podemos estar al tanto de eso mientras tomamos unas copas en el bar, después de llevar a este tipo a su habitación, claro. ¿Es verdad que está en la 39? Le registré antes, y no vi la llave.

—Pues debe tenerla en su habitación. ¿Tampoco le ha encontrado encima ninguna ganzúa? Ha tenido que utilizarla para entrar aquí, supongo.

—No, no he encontrado nada de eso, pero tiene usted razón —parpadeó Popov—. Tal vez la lleve en un zapato. Conocí una vez a un... Bueno, esa es otra historia. Y el tiempo va pasando. Saquemos de aquí a este sujeto y... si la llave de la 39 está allí, antes de transportar a este sujeto por el pasillo. Vuelvo enseguida.

Popov asintió. Karl Roetter salió... y regresó apenas medio minuto más tarde, mostrando la llave con la placa que ostentaba el número 39.

—Estaba puesta en la puerta, pero dentro, no en la parte de fuera. Vamos allá.

—Mire, señor Roetter, siento haberle metido en esto, pero...

—Olvídelo —sonrió ceñudamente Karl—. La vida es larga, y ya sabe el dicho: hoy por ti, mañana por mí.

—Ojalá pueda devolverle el favor algún día.

* * *

Casi una hora más ¡arde, cuando Popov y Stamp tomaban la que aseguraban iba a ser la última copa de champaña del día, Karl Roetter entró en el bar, y se acercó al grupo en el que estaba la espectacular pareja.

—¿Cómo va eso? —se interesó.

—Estupendamente —rio Mirja—. ¿Quiere una copa, Karl?

—He tenido suficiente por hoy. Y sin salirme de las normas de mantener en silencio el orden y clase de pruebas que se inician mañana, me permito aconsejarles que se retiren a descansar. Les conviene mucho descansar.

Todos se quedaron mirándolo. El gigantesco Koliopos, que ahora ya sabían que su principal actividad deportista era el levantamiento de pesas, se acercó, con los ojos chispeantes.

—¿Qué pasa, eh, qué pasa? —masculló.

Hubo algunas risas. Jean Delmaret, el bello, estaba sentado en un rincón, solo. No se veía por parte alguna a Madeleine... ni a Adam Aykroyd.

—Me parece que Mirja y yo le vamos a hacer caso, señor Roetter —dijo Popov.

—Harán bien. Sé que mucha gente empieza a divertirse a esta hora,

pero no les espera lo mismo que a ustedes. Hay gente para todo, claro. Sin ir más lejos, acabo de ver a un cliente del hotel que lo abandonaba precisamente ahora, en plena noche —miró como casualmente a Popov—,

—Debe tener asuntos urgentes e inesperados que atender en otro lugar —sonrió Ivo—,

Lo que demuestra que usted tiene razón, señor Roetter: si queremos conseguir algo debemos ser consecuentes, así que... ¡Buenas noches!

Ivo y Mirja fueron los primeros en abandonar definitivamente el bar por aquel día. Y poco después entraban en su habitación. Popov echó la llave, y se llevó esta hacia el dormitorio, siguiendo a Mirja, que se sentó en la cama y lo miró sonriente.

—¿Quieres que hagamos el amor, Popov? —propuso.

—Me gustaría mucho —dijo Ivo—, pero tengo la impresión de que mañana nos espera verdaderamente una jornada muy dura.

—Pero... ¿tanto que no podamos hacer el amor ahora?

Ivo había abierto el armario, y le hizo señas a Mirja para que se acercase. Así lo hizo ella, y se quedó mirando en la parte alta e interior del armario el diminuto micrófono que Popov señalaba, mientras decía:

—Si tantas ganas tienes...

Mirja, que había asentido al ver el micrófono, contestó, mientras se apartaba un poco y miraba a su alrededor:

—Bueno, no me estoy muriendo de ganas, querido, pero ya sabes que me gusta hacerlo todas las noches. Es el mejor somnífero que conozco.

—Vaya, me han llamado muchas cosas, pero nunca somnífero —farfulló Popov.

—¡No seas tonto! —rio ella, acercándose a un cuadro que representaba un hermoso paisaje alpino—. Si solo fueses para mí un somnífero tomaría precisamente pastillas para dormir. Es más práctico ir por ahí con una caja de pastillas que con un hombre tan malgeniado como tú.

Mientras ella hablaba, Ivo había captado sus señas, y se había acercado. Allí, en el cuadro, había otro diminuto micrófono, colocado de tal modo sobre el óleo de las ramas de los abetos que no se distinguía. Ivo Popov asintió, mientras casi sonreía desdeñosamente.

—De modo que te parezco malgeniado —dijo con voz algo enfurruñada.

—¡No irás a negar que tienes mal genio! —exclamó Mirja.

—Tal vez un poco.

—¡Querrás decir un mucho! Pero como haciendo el amor eres maravilloso, te lo perdono. Ivo: ¿lo hacemos o no?

—Si me lo pides de rodillas, sí.

—¡Claro que no pienso pedírtelo de rodillas!

—Pues entonces, ¡tú te lo pierdes!

—¡Y tú también! ¿Qué te has creído?

—Pues tienes razón —sonrió Ivo Popov, abrazándola por la cintura—. Es una estupidez perderse una noche de amor solo porque al día siguiente tienes que hacer cuatro tonterías...

CAPÍTULO IV

Corrían codo a codo, sin esfuerzo aparente, pero lo cierto era que iban de los últimos del grupo. El total de parejas participantes era de veintiséis, y así, cincuenta y dos personas corrían en aquel oscuro y frío amanecer por la linde del bosque de castaños. Gruesos chorros de vapor condensándose brotaban de sus bocas, algunos de ellos retenidos por los pasamontañas de lana con que protegían sus cabezas.

Todo había sido tan de sorpresa que ni siquiera fueron advertidos los periodistas y fotógrafos, unos espontáneos y otros dirigidos por Aykroyd para dar publicidad previa a la película *Redsky*. Es decir, que cuando los periodistas todavía no habían llegado al hotel Siders, a las cinco de la mañana, Karl Roetter fue pasando rápidamente por todas las habitaciones de los candidatos, llamando a la puerta y advirtiendo:

—Dentro de cinco minutos en chándal en la terraza. Por supuesto la consternación había sido general y total, pero, en efecto, la buena vida en un hotel de lujo con todos los gastos pagados había terminado. Ahora había que luchar, ahora cada pareja tendría que esforzarse al máximo para conseguir la puntuación más alta.

Y por el momento no parecía que Ivo Popov y Mirja Stamp fuesen a conseguirla, pues iban en la cola del cada vez más estirado grupo que corría cerca del bosque. Siguiéndoles siempre que el terreno lo permitía iba Karl Roetter, en un coche cerrado. Cuando la dificultad del terreno dejaba el coche fuera de juego, Roetter utilizaba unos prismáticos con los que pretendía ver en la oscuridad el nutrido grupo de atletas. Veía una masa móvil, y los chorros de vapor destacando en lo oscuro.

En cabeza del grupo iba la jovencita de aparente aspecto frágil, Sandy Jobbins, portando el *walky-talky* por medio del cual recibía las instrucciones de ruta que impartía al parecer caprichosamente Karl Roetter desde su automóvil con calefacción y conducido por un empleado de la firma cinematográfica de Adam Aykroyd. Junto a ella, a Sandy Jobbins, iba Fred Waddy, también británico, compañero, amante y, en definitiva, pareja de la delgada Sandy, que tiraba del pelotón como si las estuviesen persiguiendo los demonios.

—Por todos... los santos —jadeaba Mirja Stamp, casi en la cola—. ¿Quién tira en cabeza?

—La británica, la esquelética —jadeó junto a ella el enorme griego Koliopos, que evidentemente no se hallaba en su elemento—. ¡La maldita! ¿Por qué creéis que Roetter la ha puesto en cabeza?

—¿Por qué? —preguntó Uto Penkala, el lanzador de jabalina.

—Hace dos años fue campeona de Europa de los diez mil metros en pista de tartán. No ha vuelto a salir en competiciones oficiales a partir de entonces, pero ha seguido entrenándose y entrenando a atletas británicas. Me temo que tendremos que correr diez mil metros a este ritmo.

—¡Eso es no es posible! —protestó Mirja, aterrada—. ¡No se pueden recorrer diez kilómetros a esta marcha!

—Nosotros, no —sonrió el hercúleo Koliopos—, pero ella, sí.

—¿Qué? —preguntó Penkala, que a veces no entendía bien el inglés, idioma que empleaban casi todos para las conversaciones generales.

—¡Que la británica nos está tocando los huevos! —gritó Koliopos. En el estirado pelotón se oyeron risas, y acto seguido alguna tos.

—¡Te lo advertí, Jimmy! —se alzó una voz atiplada, imitando la de una mujer irritada—,

¡Fumas demasiado!

Se oyeron más risas. Chorros de vapor aparecían violentamente expulsados. Por fortuna, el cielo estaba despejado y había luna creciente, de modo que podían ver bien el terreno de la linde del bosque, pese a lo cual, de cuando en cuando se oía una maldición, a la que pronto seguía otra, en idioma diferente.

En cabeza, la británica Sandy Jobbins recibió instrucciones desde el coche en el que iba Karl Roetter:

—Diríjase hacia el río, señorita Jobbins, por favor.

—¿Hacia el Ródano? —preguntó Sandy, impávida.

—No hay otro por aquí —se oyó la risa de Roetter.

—De acuerdo.

Sandy desvió la marcha, arrastrando tras ella cincuenta jadeantes personas, de las cuales, solamente Fred Waddy, otros dos hombres y una mujer estaban soportando, por el momento, su tremendo ritmo.

—Y lo más irritante de todo —comentó el argentino Madrazo, que también empezaba a quedarse atrás— es que ella no se está cansando siquiera, simplemente corre sin prisas.

—¡Cómo sin prisas! —casi gritó Madeleine, que apenas iba unos diez metros por delante de Mirja y Popov—. ¡Pero si parece que se haya vuelto loca!

—Espera a que dé el tirón verdadero, y te vas a enterar de lo que es correr —vaticinó Madrazo—. ¡Espera y verás, cachonda!

—Pero... ¿se puede correr más? —sollozó cómicamente Koliopos.

Más risas. El grupo se iba estirando más y más, formando como una serpiente insólita que se deslizase ahora por el llano, en dirección al río. Seguían oyéndose maldiciones en varios idiomas. En los últimos lugares, Popov y Mirja seguían corriendo con buen estilo, pero no ciertamente a

velocidad de campeones.

—Señorita Jobbins —impartió de nuevo instrucciones Roetter—: cuando lleguen a la orilla del río habrán realizado ustedes el circuito completo que yo tenía pensado. Entonces, repítanlo, regresando otra vez hacia el río, exactamente al lugar donde verán las luces de mi coche. ¿Lo ha entendido?

—Por supuesto, señor Roetter.

—Pues páselo a los demás, por favor.

La consigna fue pasada. Detrás de Sandy y su pareja se oyeron refunfuños y maldiciones, y todavía sonaron con más fuerza cuando los más próximos a los de cabeza se dieron cuenta de que Sandy Jobbins apretaba todavía más la marcha. Hubo un fuerte tirón del pelotón, que incluso fue percibido por los atletas concursantes de cola.

—¿Qué pasa? —exclamó Delmaret, que se había rezagado para correr junto a Madeleine.

La pregunta fue hacia la cabeza, y regresó a los pocos segundos, de boca en boca:

—La británica ha apretado la marcha. Como ya todos sabemos el camino, no tiene por qué guiarnos amoldándose a nuestra velocidad.

—¿Amoldándose a qué? —chilló Madeleine.

Pese al cansancio, Mirja Stamp rio, lo que le ganó una mirada de simpatía de los atletas concursantes que tenía cerca. El pelotón se iba estirando ahora de modo increíble. Alcanzar a Sandy Jobbins, Fred Waddy, y los demás que iban en cabeza, se había convertido ya en un sueño fantástico.

—Espero —jadeó Penkala— que cuando llegue el momento de lanzar la jabalina den una puntuación valorada tan alto como esta idiotez de correr.

—¡Ah! —exclamó Mirja—. ¿Tendremos que lanzar la jabalina?

—Eso espero. ¡Demonios! la jabalina es una prueba atlética, ¿no?

—Quizá en la película salga alguien que tenga que lanzar la jabalina —dijo Koliopos—, en cuyo caso posiblemente le den a usted ese papel de extra, amiguito.

—¡Eso no tiene gracia!

—¿A qué distancia lanza usted? —preguntó Mirja.

—Ochenta y seis metros.

—Dios mío...

—Eso no es nada. El récord mundial está en casi cien metros.

—Pero... ¿eso es posible?

—Calla y corre —rezongó Ivo Popov.

—¿Para qué? —se resignó Mirja—. ¡De todos modos cuando lleguemos por segunda vez al río ya será la hora del desayuno!

Todavía hubo más risas en la cola. Pero pronto dejaron de oírse. Y pronto se acallaron todas las voces. Sandy Jobbins les había asestado a todos el golpe definitivo al dar el último tirón, que solamente su amigo Waddy pudo soportar. El pelotón era cada vez más largo. Se corría de nuevo junto al bosque de castaños. Al otro lado, cerca del río, destellaban de cuando en cuando los faros de un coche. La oscuridad estaba llena de chorros de vapor, se oían los jadeos cada vez con más fuerza. Los que al principio se lo habían tomado a broma comenzaron a comprender que no lo era, que estaban afrontando una verdadera prueba atlética en la que, con toda lógica, se llevaría la máxima puntuación la persona más preparada para ella: Sandy Jobbins.

Y así fue. A medida que fueron llegando junto al coche de Roetter, detenido a la orilla del río, todos se iban llevando la misma sorpresa; no había nadie esperando junto a Roetter, que señalaba hacia el agua y decía:

—Aborden una de esas barcas y remen río abajo hasta que suene el despertador que lleva cada barca. Entonces, regresen.

—¿Remando río arriba? —exclamó Madeleine.

—Así es —sonrió en la oscuridad Roetter.

—¡Nalia! —llamó Penkala a su compañera—. ¡Vamos, deprisa, todavía podernos conseguir una buena puntuación!

La finlandesa compañera de Penkala se apresuró a seguir a este hacia una de las barcas. Koliopos y su amiga Helena tomaron rápidamente otra, detrás de Mirja e Ivo.

—Yo no sé remar —dijo Madeleine.

—Hay una prueba que la sustituye —dijo Roetter—, pero la considero demasiado dura a estas horas y con esta temperatura.

—¿Qué prueba es esa?

—Nadar cincuenta metros río adentro... y regresar, por supuesto.

—¡Esa agua debe estar helada! —protestó Delmaret.

—Señor Delmaret, la prueba de las barcas es para dos personas, una de las que están concebidas para la pareja. Ahora bien, si ustedes no quieren nadar tienen dos opciones. Una, quedarse aquí dando por terminada su intervención esta mañana. Dos, tomar la barca y remar usted solo. Por otra parte, tal vez haya alguna agradable sorpresa para los que tengan el valor de nadar en el río ahora.

—¿Qué clase de sorpresa? —preguntó Madrazo, que con su compañera Eulalia había llegado en último lugar.

—Aquí todo es a base de puntos, señor Madrazo.

—Entiendo. Eulalia, desnúdate: vamos a nadar.

—De acuerdo —dijo enseguida la argentina.

Se desnudaron los dos, contemplados por los que ocupaban entre golpes y jadeos las últimas barcas.

—Espero que sepan lo que hacen —dijo Mirja, moviendo la cabeza.

—Rema —dijo Popov.

Todavía vieron los blancos cuerpos desnudos de los argentinos metiéndose en las negras aguas, cuyo rumor parecía hecho de la salpicadura de espuma que humedecía sus rostros. Era fácil remar río abajo, pues aunque la corriente era mansa, ayudaba no poco. Penkala y Nalia habían desaparecido río abajo, dando la impresión de que hacían volar su barca sobre las aguas.

Los últimos no tardaron mucho en cruzarse con los primeros que regresaban, naturalmente Sandy Jobbins y Fred Waddy, seguidos a solo cien metros por los segundos clasificados. Mirja e Ivo remaban muy bien, y mejoraron la velocidad cuando acompasaron sus paladas, pero todavía no habían oído el despertador de su barca cuando ya se cruzaron con Penkala, que regresaba, con un ritmo y una potencia escalofriantes, cantando el ritmo, que era seguido con toda precisión por su compañera. Cuando sonó el despertador en la barca de Ivo Popov y Mirja Stamp, todavía quedaban algunas parejas tras ellos. Dar la vuelta no resultó nada fácil, pero lo consiguieron sin volcar, como llegaron a temer en un momento dado.

El regreso fue terrible, pese a lo cual, Mirja e Ivo alcanzaron a varios atletas que antes les habían precedido corriendo. Por detrás de ellos oían gritos y rugir de agua, y por delante parecía que les llegase una avalancha de rugidos resonantes. La visibilidad era relativamente buena, pero el frío era intenso de verdad, y solo se podía soportar gracias al fuerte ejercicio que todos estaban realizando.

Cuando llegaron adonde el coche de Roetter, con los faros encendidos, señalaba su posición, los argentinos estaban envueltos en mantas y tomando café de unos termos que el chófer de Roetter había llevado en el coche, y que distribuía entre los que iban llegando.

Ivo y Mirja tomaron también su termo, y ella exclamó:

—¿Qué sigue ahora?

—Tranquila, señorita Stamp —rio Roetter—, las pruebas deportivas han terminado por hoy.

—Es una lástima —dijo Koliopos—. ¡Ahora empezaba yo a entrar en calor! Pero bueno, ¿estamos libres hasta mañana?

—Ni mucho menos. Regresaremos al hotel, yo en coche, ustedes a pie, y hasta las diez de la mañana podrán bañarse, desayunar, descansar... A las diez los periodistas querrán entrevistarlos, fotografiarlos, todo eso... Me permito rogarles que sean atentos y amables con la prensa, pues el señor Aykroyd se ha gastado mucho dinero en todo esto, y esperamos que la publicidad gratuita lo compense. Aunque les supongo a todos ustedes lo bastante inteligentes para saber lo que tienen que hacer, les diré que deben dar la sensación de una gran rivalidad entre todas las parejas, pero siempre

dentro de una cierta armonía y juego limpio. Son deportistas, no lo olviden.

—Pero pareceremos comediantes —dijo Mirja.

—¿Qué otra cosa puede ser la gente del cine sino comediantes? —rio Roetter—. ¿O no está usted aquí para intentar hacer esa película?

—¡Claro que sí!

—Pues hagamos comedia, señorita Stamp. Bien, creo que estamos todos, podemos congratularnos de que no haya habido ningún accidente ni abandono, y considero innecesario permanecer aquí. ¿Les parece que volvamos?

* * *

Casi a las once de la mañana sonó la llamada a la puerta de la habitación 34. Ivo Popov fue a abrir, alzó las cejas al ver a Karl Roetter, y acto seguido asintió y movió la cabeza hacia el interior de la habitación. El director y guionista del filme *Redsky* entró preguntando:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué usted y Mirja no están abajo con los periodistas, como todos los demás?

—Lo siento, pero Mirja tiene una distensión muscular en la pierna derecha —encogió los hombros Popov—. Creíamos que se le aliviaría con el baño caliente, pero no ha sido así. Le estaba dando un masaje con linimento.

Mientras Ivo hablaba, ambos habían llegado al dormitorio, en cuya cama, boca abajo y completamente desnuda, pero con una toalla en la cintura, yacía Mirja, vuelta la cabeza. Sonrió al ver a Roetter.

—Lo siento —dijo—. Espero que nuestra ausencia no tenga importancia.

—En cierto modo, la tiene —dijo Roetter—. La idea era que todos ustedes aparecieran en periódicos y revistas, no solo en interés de la publicidad de la película, sino para ver cómo dan en las fotos de esa clase. De todos modos, como es lógico, todos pasarán por la prueba de fotogenia, así que no hay problema.

—Menos mal. ¿Cuándo será la prueba de fotogenia?

—Esta tarde. ¿Se las arregla usted bien para el masaje, Popov?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Porque si necesita alguien que realmente entiende de esto puedo enviarle a Greta, que ha llegado hace una hora al hotel.

—¿Es otra atleta?

—Pues... no —Roetter se echó a reír—. No, no es otra concursante. Forma parte de nuestro equipo. Greta Wanchel es... algo así como secretaria de Adam, ¿me comprenden? Secretaria, amiga, relaciones públicas... Todo eso y más.

—Me parece que sí lo entendemos —rio maliciosamente Mirja—. O

sea, que al señor Aykroyd se le han terminado las... diversiones secretas.

—Nada de eso —rio de nuevo Roetter—. En esas cuestiones son muy tolerantes y comprensivos el uno con el otro, nunca se enfadan por sus caprichos respectivos.

—Ya. En cualquier caso, si la señorita Wanchel es tan útil al señor Aykroyd no comprendo que este se haya estado privando de ella. ¿Estaba enferma o de viaje la señorita Wanchel?

—Más o menos —la mirada de Karl Roetter recorrió lenta e inexpresiva las desnudeces de Mirja—. Bien, espero que no sea nada lo de su pierna, señorita Stamp.

—No creo. Es doloroso, pero espero estar completamente bien mañana. Y es de esperar que un dolor muscular no afecte a mí fotogenia.

—Tengo la impresión —murmuró Roetter— de que en eso va a alcanzar usted una excelente puntuación. Hasta luego.

—Hasta luego. Y gracias por su interés, señor Roetter.

Popov acompañó a Roetter a la puerta, regresó, se sentó en la cama junto a Mirja, y se quedó mirando la pierna a la cual había estado aplicando linimento. Luego miró al rostro a Mirja, que le miraba sonriente. Ivo Popov casi sonrió también, alzó la toalla que cubría una pequeña porción del cuerpo de su compañera, y le dio un beso en una nalga.

Mirja Stamp se echó a reír.

* * *

La risa de Mirja Stamp se oyó nítidamente en el interior del camión que contenía todo el equipo de escucha, detenido a menos de un kilómetro del hotel Siders. Dentro del vehículo había tres hombres y una mujer. Uno de los hombres atendía todos los aparatos. De los otros dos, que permanecían en pie, uno era Udo Lick. La mujer era alta, esbelta pero de senos grandes y plenos; debía tener unos treinta años, y era hermosa de verdad, de sonrisa cautivadora. Sus labios eran ligeramente gruesos, sensuales; sus ojos, grandes y oscuros, hacían contraste con su rubia cabellera suelta y espléndida. Su nombre era Greta Wanchel.

—¿De qué se debe reír ahora? —preguntó Greta—. ¿De Karl?

—No creo —movió la cabeza el hombre que atendía los aparatos—. En realidad, ella siempre ríe. Él no, pero ella, sí. Caramba, ¡hacen el amor con gran entusiasmo, te lo juro!

—¿Estás seguro de que no han dicho nada importante?

—Segurísimo. La intervención de Roetter en lo de Udo fue providencial. Y por suerte, ni Popov ni su chica, ni los demás, se han dado cuenta de que tienen micrófonos en sus habitaciones.

—No podemos estar seguros de eso —rechazó Greta Wanchel.

—Yo, sí. Demonios, nadie hace ni dice según qué cosas cuando saben

que les están escuchando, Greta.

—Nadie, salvo gente de alto nivel en nuestra profesión.

—¡Bah! Todos esos, menos los nuestros que están mezclados con ellos, se entiende, son deportistas, y nada más.

—Mejor que sea así.

—Sí, claro. Y mejor que no lleguen a enterarse de nada. Podrían enfadarse, y algunos de ellos serían peligrosos. Eso de enterarse de que les estén tomando el pelo no les gustaría nada.

—No se les está tomando el pelo: se les está utilizando, que no es lo mismo.

—Tal vez lo hayamos complicado todo demasiado, con todo esto de los deportistas.

—Al infierno los deportistas —sonrió Greta Wanchel—. Nosotros tenemos algo que hacer, y lo haremos. Si esta vez ha tocado servirnos de unos cuantos atletas, ¿qué más da? Ellos que practiquen su deporte, y nosotros el nuestro —Greta Wanchel se echó a reír—. Seguid atentos a toda esa gente. Yo voy a regresar al hotel, a ver si a la hora del almuerzo conozco por fin a esa interesante pareja formada por Mirja Stamp e Ivo Popov.

CAPÍTULO V

—Encantada —sonrió cautivadoramente Greta Wanchel—. Había esperado conocerlos esta mañana, pero no bajaron a almorzar.

—Preferí descansar unas horas antes de volver a caminar —dijo no menos sonriente Mirja Stamp—. Supongo que el señor Roetter le diría que tuve una distensión muscular.

—Por supuesto. ¿Se siente mejor?

—Muchísimo mejor, gracias. En cualquier caso, según el señor Roetter, creo que podría contar con usted si el dolor se agudizara.

—Por supuesto, querida —aseguró calurosamente Greta—. Aunque tengo la impresión de que el señor Popov sabe lo que se hace.

—Casi siempre sé lo que me hago —dijo Ivo Popov—. Menos precisamente esta tarde. Nunca me han hecho una prueba de fotogenia, así que estaré bastante desorientado.

—No se preocupe —rio Adam Aykroyd, que había hecho las presentaciones—: para eso está Greta aquí, para orientarlos.

—¿Y el señor Roetter? —preguntó Mirja.

—Oh, él está al otro lado de las cámaras, como es natural. Digamos que mientras se procede a la prueba de fotogenia tomando una escena, Karl aprovecha para observar la actuación de cada pareja al representar la escena. Todo se ha de tener en cuenta, señorita Stamp. Y todo proporciona puntos. Precisamente, la fotogenia es la prueba que más...

—Querido —le puso Greta una mano en un brazo—, ¿te parece bien que yo lo explique a todos, y así ahorramos tiempo? ¡Hay mucho trabajo por delante, por deprisa que queramos hacer las cosas!

—De acuerdo —asintió Aykroyd.

Pasaron a uno de los salones del hotel donde estaban esperando el resto de las parejas deportistas, y el silencio se hizo cuando todos comprendieron que había llegado el momento de la siguiente prueba. Greta Wanchel sacó un montón de páginas fotocopiadas de un portafolios, y dijo:

—Tenemos alquilada una *suite* en el segundo piso donde se ha dispuesto el escenario para esta prueba. Cada pareja deberá representar una sencilla escena amorosa, todos la misma, que está explicada en estas fotocopias que voy a repartir. No es nada complicada, de modo que les bastará leerla una vez para saber lo que deberán hacer. Cada fotocopia, que voy repartiendo al azar —se desplazó entre las parejas, repartiendo las hojas—, tiene un número, que indica el orden de actuación, de modo que cuando yo termine de explicarles todo, la pareja que tenga la escena

marcada con el número uno subirá a la *suite, que* es la número 2. Sucesivamente, claro está, irán subiendo el resto de las parejas. Cada pareja dispondrá solamente de cinco minutos para representar su escena, que se realizará en esta ocasión sin maquillaje alguno y no podrá repetirse por ningún concepto. Espero que nadie se sorprenda si digo que la prueba de fotogenia es, precisamente, la que más puntúa de todas las que están programadas. ¿Alguna duda?

No había ninguna duda.

El primer turno le correspondió a la pareja de atletas formada por Ludwig Kovinsky y su joven y linda esposa Anatolia.

A Popov y Stamp les correspondió el octavo lugar, y para entonces, ciertamente, se sabían de memoria la sencilla escena amorosa que debían representar. Subieron al segundo piso, entraron en la *suite,* y saludaron con un gesto de cabeza a Karl Roetter, que, sentado en un sillón, fumaba pensativamente un cigarrillo. Les sonrió, apagó el cigarrillo, y se puso en pie. Junto a él había tres hombres, encargados de la cámara y del montaje para el *travelling que* se realizaba desde la entrada de la *suite* hasta el dormitorio.

Las luces estaban ya dispuestas, siempre las mismas para todas las parejas, sin privilegios ni concesiones para nadie. Los planos que luego se proyectarían resultarían crueles para algunos, pues la de fotogenia era la única prueba que, de obtener en ella una puntuación baja, excluiría a la pareja del concurso definitivamente, lo cual era lógico: no se podía filmar una película con alguien que no diese bien en la pantalla.

—¿Cómo va esa pierna, señorita Stamp? —preguntó amablemente Karl.

—Bastante bien, pero algo agarrotada por la espera. Creo que luego iremos a dar un paseo a ver si se relaja la musculatura.

—Excelente idea. Estaremos listos enseguida.

—¿Podemos empezar ya? —preguntó Ivo.

—Sí, sí. ¿Listo, Patrick?

—Claro —dijo el de la cámara.

Roetter señaló hacia el interior de la *suite,* y la cámara comenzó a funcionar, tomando planos de frente de Ivo y Mirja. Estos se dirigieron hacia el dormitorio, y la cámara emprendió el *travelling* tras ellos, con el operador ocupando el sillín. Roetter caminaba junto al objetivo, mirando con suma atención a la pareja.

Mirja e Ivo llegaron al dormitorio, y ella se quitó el abrigo, lo tiró sobre la cama, y se volvió a mirar a su compañero, que la contemplaba ceñudamente.

—Y por otra parte —dijo Mirja—, creí que habíamos convenido que no habría nunca petición de explicaciones entre nosotros.

—Se daba por sobreentendido que no serían necesarias —replicó secamente Popov—, y ello porque la cosa estaba bien clara: nada de engaños.

—¿Y yo te he engañado? ¿En qué? ¡No irás a decir que me he acostado con otro hombre!

—No digo eso. Sin embargo, creo que lo que estás haciendo es peor. Preferiría que te acostases por capricho con otro hombre a que estuvieras alimentando la idea de hacerlo de un modo continuado sin decírmelo. Si te has enamorado de otro, dímelo y en paz. No tienes por qué seguir conmigo si ya no te intereso en ningún aspecto.

—Yo no he dicho nada de eso —protestó Mirja.

—Querida, es absurdo alargarlo más. ¿Te quedas conmigo o te vas? Sinceramente. No estás obligada a nada, ¿verdad? Así que decídete: ¿te quedas o te vas?

—Bien... Ya que lo quieres así, pues... me voy. Lo siento.

—No te preocupes. Adiós.

—Si quieres... todavía puedo darte... un poco de amor.

—¿Por qué no? Te lo agradezco.

Mirja Stamp se desnudó, contemplada en silencio por Ivo Popov, que permanecía inmóvil. Ella terminó de desnudarse, resplandeciente a las luces su espléndido cuerpo bellísimo, y se quedó mirándolo.

—¿No vienes? —susurró.

Ivo Popov se quitó la chaqueta, se acercó a Mirja, y la empujó, tendiéndola en la cama. Bajó la cremallera de su pantalón, y se tendió sobre la formidable pelirroja, que se abrazó a su cuello y rio.

—¡Te daré una buena despedida, querido!

—Sí, va a ser una buena despedida —susurró Popov—, pero no es de mí de quién te vas a despedir, sino de la vida.

—¿Qué dices...?

Las manos de Ivo Popov rodearon el hermosísimo cuello de Mirja, que abrió mucho los ojos, pareció querer decir algo, y solo un extraño ruido salió de su boca.

—Adiós, amor mío —dijo Ivo Popov—. Adiós para siempre. Dame tu último aliento, tu último estremecimiento de tu cuerpo que va muriendo mientras está entregado a mí...

—¡Corten! —exclamó Karl Roetter—. ¡Ya es suficiente!

Ivo Popov se deslizó hacia un lado de la cama, se puso en pie, recogió su chaqueta y se la puso. Mirja saltó también de la cama, y comenzó a vestirse, sonriente. Roetter y los demás los miraban con auténtica expresión de admiración. Ivo Popov subió la cremallera de su pantalón, ayudó a Mirja a terminar de vestirse, y luego a ponerse el abrigo, preguntando:

—¿Realmente quieres que demos un paseo?

—Sí, sí; creo que me sentará bien.

—De acuerdo, entonces. Hasta luego, Roetter.

—Adiós —les miró sonriente Mirja—. ¡Gracias a todos!

Cuando abandonaron la *suite,* Karl Roetter y sus ayudantes estaban todavía en el dormitorio, pasmados.

—Demonios —dijo por fin el cámara—. ¡Esa no es la escena que debían representar, Karl! Pero que me corten lo que yo sé si no ha sido la mejor representación de la tarde... hasta el momento, al menos.

—No creo que veas otra mejor —murmuró Karl Roetter.

Mirja e Ivo estaban ya en el vestíbulo, donde aguardaban los atletas que les habían precedido en la prueba cinematográfica. Estuvieron charlando con ellos unos minutos, y luego, pretextando una vez más la distensión muscular de la pierna de Mirja, se despidieron y salieron a dar un paseo. Sin necesidad de consultarse, ambos echaron a andar por el verde llano, en dirección al bosque de castaños.

—Todo esto es una idiotez —masculló de pronto Ivo Popov—. Estoy harto de este juego. Y además, ahora tienen película nuestra. No quisimos que los periódicos publicasen nuestras fotografías y ahora tienen una película de varios minutos.

—Pero no la van a hacer pública; son pruebas privadas.

—En cualquier caso, ahora tenemos una labor suplementaria: recuperar esa película nuestra. Y esperemos que la prueba deportiva de mañana sea más suave que la de hoy.

—¿Estás cansado?

—¡Lo digo por ti!

—¿Por mí? Ya te dije que me encantaría venir a hacer competiciones deportivas.

—No nos estamos luciendo, precisamente.

—Tal vez podamos lucirnos cuando llegue algo que dominamos bien. Y lo mismo les pasará a los demás. ¿O acaso crees que Sandy Jobbins va a ser la primera en todas las pruebas? No se trata de ser campeón en una cosa, sino de formar la pareja más completa en conjunto. Y en ese sentido quizá nuestra puntuación final no sea de las peores, ni mucho menos. Es más —sonrió Mirja—, yo diría que debería ser de las mejores.

—¿Y por qué no la mejor?

—No me atrevía a decirlo por si te parecía excesivo, pero la verdad es que creo que seremos los mejor puntuados. ¡Vamos, mi amor, no creo que haya otra pareja como nosotros!

—Me pregunto si Roetter ha colocado micrófonos a los demás o solo a nosotros.

—Y yo me pregunto qué esperan escuchar, y sobre todo, dónde está el sistema de escucha y quién lo atiende. ¿Crees que lo habrán instalado en el

mismo hotel?

—Sería una estupidez.

—Sí, eso pensaba —Mirja Stamp se detuvo en el llano, y fue mirando lentamente alrededor—. De todos modos, no puede estar muy lejos, porque los micrófonos esos no emiten a más de una milla.

—Deben tenerlo en un coche o en un camión. Y no será fácil de localizar. En cambio, quizá sí sería fácil averiguar si en las demás habitaciones también han colocado micrófonos. Podríamos dividirnos el trabajo.

—¿Busco yo en las habitaciones de los hombres y tú en las de las chicas? —rio Mirja.

—Al revés, al revés —gruñó Popov—. Nada de complicar las cosas. Vamos a pensar en pretextos para ir entrando en esas habitaciones cuando estén sus ocupantes. A fin de cuentas, con un vistazo ya sabremos si los demás tienen puestos micrófonos o no.

Emprendieron el regreso al hotel.

A las ocho, que fue cuando se cenó, terminadas ya las pruebas de fotogenia, Popov y Stamp sabían que los demás deportistas también tenían equipos de escucha; solamente habían localizado en total nueve micrófonos entre todas las habitaciones que visitaron, pero considerando que solo habían mirado superficialmente, era suficiente.

Después de la cena hubo una pequeña tertulia en el bar, durante la cual, y tras comprender que con Mirja Stamp no tenían nada que hacer, Adam Aykroyd se dedicó a la griega Helena, olvidado ya completamente de la morena Madeleine e ignorando las aviesas miradas que le dirigía Koliopos. Esta noche no se servían bebidas alcohólicas, y eso debió ser lo que aburrió a Ivo Popov, que se despidió de todos con gesto malhumorado y diciendo que iba a acostarse.

Sin embargo, ni siquiera un minuto más tarde lo que hacía era entrar en la habitación de Karl Roetter, utilizando habilísimamente un delgado alambre para abrir la cerradura de la puerta. Cerró tras él y se fue directo al armario, que abrió silenciosamente.

Lo primero que vio, en la parte de arriba, fue el pequeño micrófono.

La sorpresa fue mayúscula, y dejó paralizado a Ivo Popov un par de segundos.

¿También Karl Roetter tenía su micrófono? Le pareció absurdo. Había tenido la convicción de que era él quien dirigía aquello, así que... ¿para qué ponerse micrófono a sí mismo?

Desistiendo de más averiguaciones en aquella habitación, Popov la abandonó rápida y sigilosamente: si alguien estaba a la escucha debía haberle oído entrar, y sabiendo que Roetter estaba abajo, se alarmarían y lo avisarían. De modo que Ivo Popov se apresuró a dirigirse a toda prisa a su

habitación.

Y ni siquiera hacía un minuto que estaba en esta, ya desnudo y dispuesto a ponerse el pijama, cuando sonó la llamada a la puerta. Popov frunció el ceño, y dijo:

—¡Está abierta!

No era, claro está, Mirja Stamp quien había llamado, sino Greta Wanchel, que encontró en cueros vivos a Popov, el cual movió la cabeza y dijo:

—Creí que era Mirja, pero claro, ella no habría llamado... ¿Ocurre algo?

—Espero que no —sonrió Greta—. Es solo que se me ocurrió que se había retirado usted porque está muy cansado, y pensé que le sentaría bien un masaje relajante.

Por un instante, un destello de feroz ironía chispeó en los oscuros ojos de Ivo Popov. Pero enseguida resplandeció en ellos la sonrisa.

—Pues no es ninguna mala idea —admitió—. La verdad es que hacía tiempo que no remaba, y tengo la espalda dolorida.

—¿Dónde está el linimento?

El linimento, claro, estaba en el cuarto de baño. La propia Greta fue a buscarlo, y Popov se tendió en la cama boca abajo. Greta extendió un poco de linimento por la espalda de Popov, y comenzó el masaje con ambas manos, lento y profundo. Durante un minuto, los dos permanecieron en silencio.

—Finalmente —dijo de pronto Greta— creo que Adam consiguió contactar en serio con Mirja. Los dejé conversando muy entusiasmados.

—Eso habrá tranquilizado a Koliopos.

—Pero quizá le intranquilice a usted, ¿no?

—No, en absoluto.

—¿No le importa lo que pueda pasar entre Adam y Mirja?

—No pasará nada.

—¿Eso cree? —rio guturalmente Greta—. Bueno, precisamente yo creo todo lo contrario, y se me ocurrió que podíamos... devolverles la jugada a los dos. A mí no me gusta pasar la noche sola. ¿Y a usted?

—Yo estoy acostumbrado a todo.

—Pero es mejor pasarlo bien, ¿no está de acuerdo?

—Naturalmente.

Las manos de Greta Wanchel se deslizaron con suave fuerza por la espalda, costados y hombros de Ivo Popov, y se recrearon aquí, como amasando la fina y poderosa musculatura en la base del cuello. Popov emitió un silbidito de admiración y placer, y Greta rio quedamente.

—Tiene usted una musculatura engañosa, Ivo: parece delgada y escasa, pero tiene la suficiente y es muy fuerte.

—Si me está diciendo que le parezco atractivo, puedo corresponderle del mismo modo... aunque no pueda darle un masaje.

—¿Y por qué no? A mí también me gusta. Y parece que usted sabe hacerlos bastante bien.

—Me las apaño... ¡Caramba, me está dejando como nuevo, de veras!

—Mañana va a necesitar tener en muy buenas condiciones la musculatura. ¿Sigo o cambiamos de sitio?

—Descanse un poco. Ahora le toca a usted relajarse.

Greta se quitó la ropa completamente, y se tendió boca abajo en la cama, mirando con ardiente malicia a Ivo Popov, que tras mover los hombros y el cuello con gesto satisfecho, vertió linimento en la espalda femenina e inició el masaje...

—Si llega a los pechos —susurró Greta—, tenga cuidado que el linimento no alcance los pezones. Me los irrita.

—Lo tendré en cuenta.

La puerta de la habitación se abrió, y Mirja Stamp entró. Llegó al dormitorio, vio la escena, y alzó las cejas con gesto de sorpresa.

—¡Caramba, está usted aquí. Greta! ¡Ya podía buscarla Adam!

Greta Wanchel quizá habría salido de la cama de un salto si las fortísimas manos de Popov no la hubieran retenido, prosiguiendo el masaje mientras explicaba:

—Greta ha venido por si podía ayudarme, y vaya si lo ha hecho. Le estoy correspondiendo.

—¡Por supuesto! Ha sido muy amable al venir a ayudar a Popov, Greta, querida, y es justo que él le corresponda. A mí me da muy buenos masajes, no sé qué le parecerán a usted.

Greta Wanchel tenía la cara vuelta hacia Mirja, que se había sentado cerca de la cama y conversaba con toda tranquilidad. En aquel momento se disponía a encender un cigarrillo, siempre sonriente.

—Lo está haciendo bien —murmuró Greta.

—Me alegra que le guste. ¡Ya verá qué a gusto va a dormir esta noche en su cama, querida!

Popov miró de reojo a Mirja, apretando los labios, que pretendían formar una sonrisa. Mirja seguía hablando amabilísimamente con Greta, que se había sumido en hosco silencio, dándose perfecta cuenta de que Mirja se estaba divirtiendo muchísimo con la situación, que todavía fue más violenta para la alemana cuando Popov terminó el masaje y tuvo que salir de la cama y vestirse. Cuando Greta Wanchel se marchó, Popov se quedó mirando a Stamp, movió por fin la cabeza, y dijo:

—Apuesto a que no será Greta Wanchel quien te conceda privilegios de ninguna clase.

¿Quieres tú también un masaje?

—Ve a lavarte las manos. No es un masaje lo que quiero, y tú lo sabes. ¿Qué se habría creído esa boba?

Ivo Popov fue al cuarto de baño, se lavó escrupulosamente las manos, regresó al dormitorio, y escribió algo en una hoja de papel, que tendió a Mirja cuando esta terminó de desnudarse. En el papel ponía:

«Roetter también tiene micrófonos en su habitación».

Mirja parpadeó, miró perpleja a Popov, y este encogió los hombros. Luego fue al cuarto de baño de nuevo, rompió el papel, y lo tiró al inodoro.

Cuando de nuevo regresó al dormitorio, Mirja Stamp ya le esperaba en la cama.

—Mañana tendremos un día muy duro —dijo. Popov.

—Más a mí favor para hacer hoy el amor, mi vida.

CAPÍTULO VI

La competición de tenis por parejas comenzó a las siete de la mañana, siguiendo el orden inverso al de la prueba de fotogenia del día anterior. Esta competición duraría tres días, siempre a la misma hora, y consistía en una liga de modo que todas las parejas se enfrentaran entre sí, por lo que cada encuentro estaba limitado a un solo *set*.

Los clientes normales del hotel tuvieron la amabilidad de dejar las dos pistas libres hasta las once de la mañana, en que se dio por terminada la primera jornada, durante la cual Popov y Stamp habían ganado sus encuentros, pero sabían ya perfectamente que jamás podrían con la pareja de tenistas brasileños Oscar Figueiredo y Malu Acosta, que se habían desembarazado de sus adversarios de aquella mañana sin perder un solo *game*.

Por la tarde, y después de una reparadora siesta, cuando todos creían que iban a proseguir la competición tenística, Karl Roetter los sorprendió con la noticia:

—Esta tarde, lucha.

Los deportistas fueron conducidos al gimnasio del hotel, habilitado en un semisótano cuyas ventanas, a nivel de techo, quedaban por fuera a nivel de la calle. Todo el centro del gimnasio estaba ocupado por verdes colchonetas formando un rectángulo apretado.

Karl Roetter explicó las reglas de aquella competición, por demás sencillas:

—No se trata de que nadie quede lastimado —advirtió—, pero considerando que en la película los protagonistas deberán luchar en varias ocasiones preferiremos a aquellos que no tengan que ser doblados en esas escenas. Ahora bien, si alguien prefiere retirarse de esta competición, puede hacerlo.

La primera en retirarse fue Sandy Jobbins, y su amigo Fred, tras un titubeo, hizo lo mismo. Enseguida, otras cinco parejas decidieron pasar de la lucha, de modo que solo quedaron veinte para este evento.

—Las reglas son muy sencillas —explicó Roetter—: solo se trata de derribar al adversario utilizando cualquier técnica. La más perfecta de estas técnicas será la que seguramente incorporaremos a las escenas de lucha en la película. ¿Alguna duda?

No había ninguna duda.

Media hora más tarde, las cosas estaban no poco claras en aquella primera jornada de lucha: la pareja formada por Indro Scopelli y Martina

Lori dominaban la competición, a reserva de su enfrentamiento con la pareja formada por Mirja Stamp e Ivo Popov, que parecían haber ido teniendo suerte y nada más, al desembarazarse de sus contrincantes, que caían al parecer con casuales zancadillas. En cambio, la pareja de italianos era verdaderamente temible y muy eficaz, incluso espectacular con sus técnicas, de boxeo las de Indro, de tae-kwon-do las de Martina.

Cuando les correspondió enfrentarse a los italianos con Popov y Stamp, hubo algunas bromas y risas, alusiones a la suerte que hasta entonces habían tenido Ivo y Mirja, y toda una serie de consejos a estos para eludir los temibles ataques de los italianos, que habían ocasionado lesiones con sangre en varias ocasiones, especialmente en bocas y narices.

Hasta entonces, los enfrentamientos habían tenido una lógica que nadie había tan siquiera comentado: los hombres se enfrentaban a los hombres y las mujeres a las mujeres. Cuando les tocó el turno a Popov y Stamp, él se enfrentó a Martina, y ella a Indro, situándose en las colchonetas. Los italianos cambiaron de lugar, convencidos de que Popov y Stamp estaban tan nerviosos que ni siquiera sabían lo que hacían... pero de nuevo, Ivo y Mirja cambiaron su posición.

—¿Qué demonios hacéis? —exclamó Indro—. ¡Estaos quietos!

—Y vosotros también, guapito —dijo sonriente Mirja—. ¿Qué te pasa? ¿Me tienes miedo?

La mirada desconcertada de Indro Scopelli se volvió hacia donde se hallaban Adam Aykroyd, Greta Wanchel y Karl Roetter. Fue este quien, inexpresivo el rostro, zanjó la cuestión:

—La lucha comienza ahora mismo, así que allá ustedes cuatro. ¡Ya!

Martina se lanzó hacia Popov, saltó en el aire, y disparó su pierna derecha hacia el pecho masculino. Popov, simplemente, se apartó, y la bella italiana cayó tres metros y pico más allá, como una gata... y sin dejar de sonreír. Por su parte. Indro Scopelli se acercaba con visible malhumor a Mirja, blandiendo los puños y diciendo:

—Mira, tírate al suelo y así te ahorrarás un buen golpe... No quiero lastimarte. Mirja. Mirja Stamp hizo algo que provocó risas en todo el gimnasio: sacó burlonamente la lengua a Scopelli. Este frunció el ceño, cerró los puños, y se acercó visiblemente decidido a Mirja, la cual giró colocándose casi de espaldas al italiano, y le disparó un *ushiro gari* de karate con la pierna izquierda que alcanzó a su rival en pleno estómago, lo alzó de la colchoneta, y lo tiró sentado metro y medio más allá, pálido como la nieve.

De un salto, y sin que su espalda hubiera llegado a tocar la colchoneta, Indro se puso en pie, centelleantes los ojos en su desencajado rostro. En aquel momento, Martina atacaba de nuevo a Ivo Popov, con un salto maquiavélico, pues flexionadas las dos piernas, así que no se podía prever

cuál iba a utilizar para el siguiente golpe...

Las utilizó las dos, primero la derecha, luego la izquierda, con un intervalo de tiempo que no llegó ni a la décima de segundo. Fue como un doble pistoletazo, el primero para hacer reaccionar a Popov, y el segundo para alcanzarlo cuando se hubiera movido.

Ni uno ni otro golpe alcanzaron a Ivo Popov, que esta vez no solo se apartó completamente de la trayectoria de Martina, sino que la siguió velozmente en su vuelo, y cuando la muchacha cayó de pie tres metros más allá, él la acompañaba, estaba a su lado. Y apenas los pies de Martina tocaron la colchoneta, Ivo Popov alargó el brazo derecho, asió a la muchacha por la nuca con sus fuertes dedos, y apretó. Martina Lori puso los ojos en blanco, y quedó como suspendida de la mano de Popov, que se apresuró a sujetarla, la alzó en brazos, y la llevó al borde de la zona de combate.

El silencio era impresionante, porque en aquel momento, Scopelli atacaba ya sin miramientos a Mirja Stamp, avanzando con muchísima más cautela y bien protegido con su guardia de boxeo. Mirja Stamp no se movía. Simplemente, estaba un poco de lado con respecto a Indro, pero el rostro vuelto completamente hacia él, dándole frente, sin perderlo de vista en ningún momento. El italiano fue girando, buscando el hueco para entrar, y Mirja fue girando sobre sus pies, sin desplazarse; simplemente, iba girando, como un girasol.

—Déjamelo a mí —dijo Popov.

—No, señor —replicó Mirja enfadada—: es mío.

—De acuerdo.

Era una escena como irreal. Hasta entonces, el mando de aquel evento lo habían llevado Indro y Martina, y los demás, simplemente cumplían el trámite por si la casualidad les favorecía. No había habido emoción. Ahora, tras la tranquila maniobra de Popov que había eliminado del combate a Martina, toda la expectación se centraba en Indro y Mirja.

Indro se acercó de pronto, amagó con el puño izquierdo, y disparó el derecho, un directo fulgurante... que encontró el vacío, pues Mirja se había apartado. No retrocedido, sino apartado, girando sobre sus pies con el movimiento de una puerta que se abre, de modo que quedó de lado con respecto a Indro y muy cerca; lo suficiente para dispararle un tremendo puntapié en los riñones, que le llegó al italiano por detrás, le arrancó un grito de dolor, y lo tiró de rodillas y manos sobre las colchonetas.

De nuevo se puso en pie Indro Scopelli, pero Mirja Stamp ya no le concedió beligerancia alguna, y lo que hizo fue tan asombroso, que hasta el propio Popov quedó boquiabierto se acercó velozmente a Scopelli, y en el momento en que este, sobresaltado, apercibía de nuevo la guardia, ella giró como una bailarina de ballet, llegó a meterse entre los brazos de Scopelli

quedando su espalda en contacto con el pecho de este; simultáneamente, el codo derecho de Mirja golpeaba hacia atrás, alcanzando de lleno en el hígado al italiano, que lanzó un bufido, retrocedió echando hacia atrás el puño derecho dispuesto a golpear sin misericordia alguna... y el puño derecho de Mirja, que había quedado horizontal al suelo debido a su anterior movimiento, se alzó, como si el antebrazo fuese un muelle que se dispara.

El dorso del puño golpeó a Scopelli en la barbilla, con una fuerza tremenda e increíble, que hizo oscilar al italiano hacia atrás y hacia delante, ya sin saber dónde estaba. Y al oscilar hacia delante, fue a tropezar de nuevo con la espalda de Mirja Stamp, que se inclinó, metió su hombro derecho entre las ingles de Scopelli, y se alzó enérgicamente, proyectando al casi desvanecido italiano dos metros hacia arriba con la potencia del *kata guruma* de judo.

Indro Scopelli subió, dio la vuelta, cayó de espaldas, y quedó inmóvil sobre las colchonetas. No se oía ni siquiera una respiración cuando Ivo Popov dijo:

—Nunca te había visto ese recurso.

—Lo acabo de inventar —dijo Mirja, sonriente—. ¿Has tenido que lastimar a Martina?

—No. Se recuperará enseguida.

—¡Ché, qué macanudo! —explotó de pronto Madrazo—. ¡Vos sí que sabes echar leña al fuego!

Se oyeron algunas risas. Karl Roetter miraba fijamente a Popov y a Mirja, inexpresivo como siempre su atractivo rostro. De pronto, todos empezaron a hablar a la vez, y a felicitar y dar palmadas en las espalda a Popov y Stamp. Roetter esperó incluso a que Martina e Indro se recuperasen y felicitaran también a los vencedores hasta el momento, y solo entonces, cuando ya estos se hallaban solos, se acercó a ellos, sonriendo levemente.

—Fantásticos los dos —dijo—. Creo que incorporaré sus técnicas a la película, si no les molesta.

—Si los protagonistas somos nosotros, de acuerdo —rio Mirja.

—No sé si les interesaría eso —murmuró Roetter—. Tal vez yo tenga algo más interesante que ofrecerles.

—¿Más interesante que ser los protagonistas de *Redsky?* —alzó las cejas Popov.

—Mire, Popov, no nos engañemos. En el supuesto de que ustedes pudieran obtener la máxima puntuación, cosa que dudo...

—¿Por qué lo duda? Todavía podemos darles muchas sorpresas en varias actividades deportivas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, en natación, en tiro, en esgrima, en esquí, en hípica, en motociclismo, en...

—Entiendo, entiendo. Sí, seguramente son ustedes los más polifacéticos de todos, deportivamente hablando. Pero yo iba a decir que en el supuesto de que obtuvieran la máxima puntuación y protagonizaran la película, tengo la certeza de que no seguirían prosperando mucho en el mundo del cine. Son demasiado... independientes y vitales para someterse a las molestias y las disciplina que requiere ser un actor profesional. En cambio, yo tengo para ustedes una oferta que sin duda les resultará interesante.

—¿Qué oferta? —abrió mucho los ojos Mirja.

—Un empleo duradero, bien pagado, y que les permitirá viajar y llevar una vida interesante... que es lo que les gusta, ¿no?

—Dígame una cosa, Roetter —deslizó suavemente Popov—: ¿está esa oferta relacionada con los micrófonos que su amigo Lick colocó en nuestra habitación?

Karl Roetter, o si se prefiere Iván Tamarinov, demostró tener unos nervios de acero. Todo lo que hizo fue quedarse quieto y sosteniendo la fija mirada de Ivo Popov durante unos segundos. Por fin, susurró:

—De modo que según usted, aquel sujeto era amigo mío.

—¿No? ¿Cree que va a desconcertarnos el hecho de que usted se haya colocado a sí mismo un par de micrófonos, por si algo fuese mal que pareciese que no sabía nada de nada?

—¿Hay micrófonos en mi habitación?

—Vamos, Karl, ya basta de tonterías —dijo amablemente Mirja—. Mire, nosotros no somos genios en estas cosas, pero tampoco podía usted esperar que fuésemos unos pobres tontos, ¿no le parece? Los demás concursantes son verdaderos deportistas, atletas de diversas especialidades, pero nosotros, además, somos... ¿cómo se lo diría...? un poquito resabiados debido a nuestras correrías por este pícaro mundo. ¿Me comprende?

—Desde luego.

—Entonces, por favor, conteste a la pregunta de Popov. ¿Nos está proponiendo de algún modo ser espías? ¿Qué clase de espías? ¿Es algo de eso?

—Será mejor que hable con ustedes después de la cena —movió la cabeza Roetter—. Antes tengo que hacer otras cosas.

—No se equivoque con nosotros, Roetter —dijo fríamente Popov—: si nos molestan nos reaccionamos precisamente en plan deportivo.

—Les veré después de la cena —insistió Roetter.

Y se alejó apresuradamente de ellos, alcanzando a los últimos concursantes deportistas que estaban abandonando el gimnasio. Las miradas de Ivo y Mirja se encontraron cuando ya estaban solos en el

gimnasio.

—Hay algo que no funciona —dijo Popov—. ¿Te encargas tú de tener controlado a Tamarinov?

—De acuerdo. ¿Qué vas a hacer tú?

—Diré que voy a dar una vuelta con el coche, y sacaré un par de armas de debajo del asiento, para tenerlas a mano a partir de la hora de la cena.

—Creo que será lo mejor, porque tienes razón: hay algo que no está funcionando conforme a lo que preveíamos. Si Roetter-Tamarinov estuviese tramando lo que pensamos, no se complicaría la vida haciéndonos ofertas. Algo se ha desquiciado.

—No pierdas de vista a Roetter. Yo voy a vigilarlo ahora, mientras tú te cambias de ropa. Cuando estés lista me relevas, y yo iré a sacar las armas del coche.

—No sé por qué —suspiró Mirja Stamp— me parece que esa película no va a rodarse...

¡Con lo que me habría, gustado ser la protagonista! A fin de cuentas, diga lo que diga Roetter, no ha de ser tan malo ser una actriz mundialmente famosa.

—Si quieres —alzó las cejas Popov—, nos dedicamos a partir de ahora a la industria del cine. Por mí, encantado.

—Esperemos a ver qué nos dice Roetter —rio Mirja.

* * *

Una cosa era segura con respecto a Karl Roetter: jamás volvería a decir nada.

Estaba metido en el baúl, en forzada postura en forma de cuatro, con la barbilla pegada al pecho, como clavada en el esternón, junto al cual se veían, ya bastantes secas, las tres manchitas de sangre. No había sangrado mucho el desafortunado Iván Tamarinov.

Mirja Stamp, de pie ante el recién abierto baúl, perteneciente a Greta Wanchel, miraba el cadáver serenamente, pese a que se sentía no poco confusa. Bueno, en una cosa no había confusión posible: quien había matado a Karl Roetter de tres disparos en el pecho había sido Greta. No podía haber sido nadie más. Y esto, por una sencilla razón: Roetter había acudido a la habitación de Greta antes de cenar, y a los pocos minutos había salido Greta de la habitación, y nadie más. Intrigada. Mirja Stamp había decidido correr el riesgo de entrar, lo que había hecho por sus propios medios.

Y se había encontrado el baúl listo para viajar... solo que dentro del baúl no había ropas, sino Karl Roetter, que ciertamente solo podía estar allí, pues Mirja no lo había visto en ningún otro sitio de la habitación.

Así que... Bien, la cosa estaba clara: Roetter va a ver a Greta, esta le

mata, le mete en el baúl, y sale de la habitación. ¿Adónde había ido Greta Wanchel tras asesinar a Roetter? La situación había dado tal giro que el desconcierto de Mirja estaba más que justificado.

Finalmente, y súbitamente alertada por la idea de que Greta iba a volver a su habitación, Mirja se apresuró a abandonarla. Subió a la que compartía con Popov, pero él no estaba allí. Tal vez todavía no había regresado de su paseo con el coche durante el cual habría sacado las armas de su escondrijo. Decidió esperarlo en el bar, para comunicarle cuanto antes lo sucedido y tomar entre los dos una decisión.

Cuando entró en el bar, dispuesta a pedir un aperitivo, Ivo Popov ya estaba allí, tomando un aperitivo y conversando con Madeleine, Sandy Jobbins y tres chicas más, estas acompañadas de sus respectivas parejas. Ivo captó el simple parpadeo de Mirja, se despidió de los demás, y fue a reunirse con ella en la puerta del bar.

—Greta Wanchel ha matado a Roetter —susurró Mirja—; lo tiene dentro de un baúl.

—No me sorprende —dijo con estremecedora frialdad Popov—: cuando yo he llegado, hace apenas tres minutos, Greta estaba diciendo que el señor Roetter había tenido que marcharse urgentemente a Ginebra, y que ella se iba a marchar también enseguida, sin cenar, que ya llamaría desde Ginebra al señor Aykroyd para darle explicaciones, y que desde luego es algo relacionado con la película.

—¿Dónde está Aykroyd?

—Ni idea. Debe estar haciendo apetito tirándose a cualquiera de nuestras amigas deportistas.

—No hables así... ¡No me gusta!

—Bueno, pero eso es lo que debe estar haciendo Aykroyd. Sube a buscar ropa de abrigo; yo te espero en la parte de atrás con el coche. Y si te cruzas con Greta y su baúl, tranquila.

—Oh, cielos, ¿qué haría yo sin tus consejos? —sonrió Mirja.

—Complicar las cosas, como siempre.

—Un momento, mi amor: yo no complico las cosas, son las cosas las que... ¿Qué te parece si dejamos esta discusión para momento más propicio?

—Admirable decisión, Stamp.

—Popov: eres un antipático.

CAPÍTULO VII

Udo Lick, que estaba de turno de vigilancia en la cabina de conducción del camión, vio aparecer las luces del coche, pero no hizo caso, pues en el sitio que estaba, cerca de la carretera, veía luces con bastante frecuencia. Solo se interesó por ellas cuando se dio cuenta de que el vehículo en cuestión abandonaba la carretera y se acercaba a aquella parte del bosque de castaños.

Pero no tuvo que preocuparse más que un par de segundos, que fue el tiempo que tardó el conductor en hacer con las luces unas señales convenidas. Segundos después, con todas las luces apagadas, el coche se detenía, y de él se apeaba rápidamente Greta Wanchel, a la que ya esperaba Lick fuera del camión, no poco fastidiado por el frío de la temprana noche.

—¿Qué pasa? —gruñó—. ¡No te esperábamos!

—Os habría avisado, pero no me pareció prudente, pues Tamarinov podía tener su propio sistema de escucha.

—¿Qué ha pasado? —se alarmó Udo Lick.

—He tenido que matar a Tamarinov. Vamos adentro, aquí hace mucho frío.

—Pues espera a que pasen un par de horas... ¡Maldita sea! ¿Por qué has matado al ruso?

Greta no contestó. Entraron los dos en la caja, donde estaba instalado el sistema de escucha atendido por los otros dos hombres, que miraron no poco sorprendidos a Greta. Esta se sentó en un taburete, encendió un cigarrillo, y miró a Lick, que acababa de decir:

—Ha matado a Tamarinov.

—¿Por qué? —preguntó uno de los otros.

Greta expelió el humo del cigarrillo, y frunció el ceño.

—Quizá la culpa fue de Udo —dijo, mirando a este—. No debió esconder bien los micrófonos de Tamarinov.

—Desde luego que los escondí bien —mascculló Udo Lick—. Con los demás no me compliqué mucho la vida, además de que no disponía de mucho tiempo, pero con Tamarinov me esmeré. Estaban escondidos de tal modo, que para encontrarlos tenía que ponerse a buscar precisamente micrófonos de ese tamaño y en los escondrijos adecuados: es decir, que tenía que saber que le habían colocado micrófonos.

—Pues alguien se lo dijo —aseguró Greta—. Tamarinov vino a mí habitación y me dijo que quería echar un vistazo en ella. Comprendí que quería saber si yo también tenía micrófonos, y, puesto que no era así, era

lógico que sospechase de mí. Me iba a ver en un aprieto, así que decidí liquidarlo.

—Así de sencillo —murmuró otro de los hombres.

—Él no desconfiaba todavía de mí, y pude sorprenderlo.

—Chocante, en un hombre como él.

—¿Un hombre como él? —alzó las cejas Greta—. No era precisamente un lince. Hacía una buena labor de reclutamiento de agentes de toda clase para el servicio secreto chino, pero nada más. Aprovechando su trabajo visible de guionista y director de cine tenía muy interesantes relaciones con personas que suelen viajar mucho, desde actores a escritores, y su labor consistía en contratar personal para ir formando una telaraña de espionaje que con el tiempo habría sido fabulosa. Eso estaba muy bien, era inteligente... pero Tamarinov no era un hombre demasiado peligroso.

—Cuando menos, ha quedado demostrado que tú lo eres más —sonrió ceñudamente Udo Lick—. ¿Sabes si en el hotel contrató a alguien?

—Me parece que por ahora, no. Tal vez estuviese ya insinuando con Popov y Stamp, que son la pareja más... apasionante de todas, pero no creo que las cosas estuvieran muy adelantadas; obviamente, antes de hacer la oferta en firme, Tamarinov debía estar seguro de que la hacía a personas adecuadas.

—Tal vez Popov lo sea —dijo con tono profundo Udo Lick—. ¡Me gustaría volver a encontrarme con ese tipo! Y creo que lo haré. Cuando todo esto termine, iré a por él.

—¿Cuándo todo esto termine? —gruñó uno de los otros dos—. Bueno, no creo que la cosa pueda solucionarse, después de esta complicación. ¿Dónde dejaste el cadáver de Tamarinov, Greta?

—¿Dejarlo? ¡No soy tan estúpida! Lo metí en mi baúl, y lo llevo en el coche, precisamente para que vosotros me libréis de él. Luego, simplemente, seguiré mi camino hacia Ginebra, y buscaré a Karl Roetter como si no supiera nada de nada, salvo que él se marchó del hotel Siders diciéndome que nos veríamos en Ginebra, claro, para hablar de un asunto muy importante sobre la película... asunto del que tampoco sabré nada, como es natural.

—Ya —movió la cabeza Lick—. Muy astuta. ¿Has dicho que llevas un baúl en tu coche?

¿Dónde? ¿Cabe en el maletero?

—Sí, pero sin acabar de cerrar la tapa, que los botones del hotel han sujetado con unos cordeles. Quiero que enterréis por aquí a Tamarinov, en un sitio donde no sea encontrado nunca.

—Parece que tú ves las cosas muy sencillas —refunfuñó el otro—, pero el hecho cierto es que todo el plan se ha ido al diablo.

—¿Por qué supones eso? —le miró sonriendo astutamente Greta.

El hombre se quedó mirando fijamente a la hermosa alemana. Luego, miró a Lick y a su otro compañero, y finalmente, miró de nuevo a Greta.

—A ver si lo entiendo —murmuró—. El plan inicial era programar una marcha desde Zinal al Dent Blanche, y para ello, se saldría del hotel Siders en un autocar con todos los concursantes y el equipo director de la película. Desde Zinal, provistos de raquetas y esquíes, las parejas debían dirigirse, por separado, hacia el Dent Blanche, pero, en el camino, nuestras tres parejas se desviarían hacia la cabaña laboratorio. Una de las parejas se acercaría al límite, venciendo todas las dificultades, hasta que los hombres que vigilan el chalé en el exterior no tuvieran más remedio que hacerse ver para darles el alto. Entonces, las otras dos parejas, emboscados, matarían a esos vigilantes, disparándoles con rifles con silenciador. Expedito el camino, irían al laboratorio, lo tomarían por las armas, y se apoderarían del antivirus amenazando a todos los científicos que están trabajando en eso. Luego, seguirían su marcha hacia el Dent Blanche, y en el camino esconderían el antivirus, ya fuese la fórmula o una muestra...

—Tiene que ser una muestra —dijo Greta—, pues la fórmula completa solo uno de esos científicos la conoce, el tal Johan Weisermack, que es el jefe de todo el equipo, y un sujeto de difícil carácter, al que nuestros amigos deberían eliminar.

—De acuerdo: una muestra del antivirus. La esconderían, seguirían hacia el Dent Blanche y llegarían como los demás, eso ya carece de importancia. Finalmente, todos los concursantes regresarían al hotel en el autocar... y si posteriormente alguien tuviera la idea de que había sido alguno de ellos los causantes de lo ocurrido en el laboratorio, naturalmente todos lo negarían, de tal modo que se llegaría a la conclusión final de que alguien ajeno a la película *Redsky* había aprovechado todo este asunto para llegar al laboratorio, aprovechando que tanto movimiento en esa zona precisamente tes haría pasar desapercibidos, contando, además, con que si los veían creyeran que eran parejas concursantes. De este modo, no solo quedaban todos a cubierto, sino que se había aprovechado el desconcierto de los vigilantes al ver tanta gente por allí para sorprenderlos y matarlos. ¿Era este el plan?

—Desde luego. Y con tal fin, yo misma fui quien convenció a Adam para que contratara para la película y el guion a Karl Roetter, con el fin de que, si algo salía mal, la CIA o las autoridades suizas pertinentes pensaran que todo había sido obra de Karl Roetter, es decir, de Iván Tamarinov, si es que llegaban a saber de él tanto como sabemos nosotros. En cualquier caso, nadie sospecharía de mí, que hace tiempo vivo con Adam y voy con él de un lado a otro haciendo mí trabajo cinematográfico... y el otro.

—De acuerdo. Dinos ahora cómo sería posible continuar con el plan mencionado y que fue preparado tan meticulosamente por ti misma. Si

Roetter y tú no estáis, las pruebas no se realizarán, ¿verdad? así que nuestros seis compañeros formando tres parejas no podrán hacer nada para acercarse al laboratorio con tantas probabilidades de éxito.

—¿Por qué no? Podrían ir solos, me parece a mí.

—Los verían enseguida, y...

—¿Tú no has oído nunca que todo tiene arreglo... y que a grandes males grandes remedios? —sonrió Greta Wanchel.

—Sí, pero...

—Pues eso es lo que he hecho yo: buscar un arreglo y poniendo remedio a las dificultades. Las cosas no serán lo mismo, pero estoy convencida de que nuestros compañeros...

El claxon comenzó a sonar, sobresaltando a Greta y los tres hombres, y dejándolos acto seguido desconcertados. Greta se puso rápidamente en pie, exclamando:

—¡Se ha disparado el claxon de mi coche! Acompañadme, y así os encargaréis ya del cadáver de Tamarinov. Ya hablaremos luego.

Lick abrió la puerta de la caja del camión, saltó, y ayudó a Greta a descender. Tras Greta saltó otro hombre, mientras el tercero se quedaba en el interior, atendiendo todos los aparatos de escucha.

En efecto, el claxon que estaba sonando era el del coche de Greta Wanchel, que corrió hacia él, abrió la portezuela, se metió dentro y desconectó la batería.

O sea, que Greta pudo oír perfectamente la voz femenina procedente del asiento de atrás:

—Si te mueves, querida Greta, te voy a dar masaje en la cabeza con una pistola.

La alemana se estremeció, y luego quedó inmóvil, pero alzando la mirada hacia el retrovisor; aunque no hacía falta, pues había reconocido sobradamente la voz: era la de Mirja Stamp, de la cual vio solo la sombra y la forma de su alborotada cabellera roja. Y si estaba allí Mirja... ¿dónde estaba Ivo Popov?

Pues. Ivo Popov estaba justamente en la parte de atrás del coche, hacia la cual se habían dirigido Lick y el otro sujeto, para hacerse cargo del baúl. En el momento en que llegaban ante el maletero, y Lick se sorprendía al ver la sombra de Mirja en el asiento de atrás a través del cristal zaguero, el impresionante Ivo Popov se erguía y daba un paso hacia ellos. El primero en ver a Popov fue el otro, que respingó... y sin tiempo para más, recibió un escalofriante patadón en los genitales que lo derribó fulminado. Udo Lick respingó también, se volvió, metiendo la mano bajo la axila izquierda, y entonces, en la oscuridad paliada por la luz de las estrellas reconoció a Popov, y se quedó como paralizado, desorbitados los ojos.

—¿Qué tal, Lick? —saludó Popov.

Este tragó saliva... y casi se ahogó con ella cuando recibió el feroz puntapié en el mismo sitio que su compañero. Sus ojos giraron y quedaron en blanco mientras caía hacia atrás como muerto. Ivo Popov se aceró a la portezuela izquierda trasera del coche, la abrió, y se asomó, por detrás de Greta y quedando su rostro junto al de Mirja.

—¿Todo bien por aquí?

—Todo bien, mi amor.

—Bueno. Debe haber otro hombre en el camión, quizá dos más. Voy a por ellos y vuelvo. Hola, Greta, ¿cómo te va?

Greta. Wanchel no contestó. Popov encogió los hombros, sacó la cabeza del interior del coche, se irguió, y se dirigió hacia el camión. Mirja Stamp suspiró simpáticamente.

—¡Pobre Tamarinov! —se condolió—. ¿Cómo nos las arreglaremos ahora sin él para hacer la película? ¿Se te ocurre alguna idea?

—El guion casi está terminado, y directores de cine hay muchos —murmuró Greta.

—Ah, claro. Pero, en fin, ya no será lo mismo. ¿Por qué lo has matado?

Greta Wanchel se iba poniendo de peor humor a cada instante. Tantas precauciones colocando micrófonos a todas las parejas, con el fin de localizar alguna o algunas que pudieran estar a las órdenes de Iván Tamarinov en el hotel Siders, y no habían conseguido nada. Pero... ¿cómo desconfiar precisamente de Popov y Stamp, que solo hablaban de cosas normales y hacían el amor siempre que podían, fuese de día o de noche? A menos, claro, que Stamp y Popov hubieran encontrado los micrófonos, colocados con menos esmero que en la habitación de Tamarinov...

—¿Era amigo tuyo? —preguntó a su vez Greta, por fin.

—No. Pero me caía bien.

—¿No eres rusa?

—No. Soy...

Greta Wanchel lanzó un chillido de rabia y triunfo a la vez, y se volvió velozmente, alzando la pistola que, mientras hablaba, había estado retirando de debajo de su asiento con tal habilidad que no había efectuado ningún movimiento extraño.

Llegó a encararse con Mirja Stamp, casi colocada ya de rodillas en el asiento. Y entonces, Mirja Stamp, simplemente, apretó el gatillo de su pistola.

El disparo chascó suavemente, apenas un «plof» de descorche. La bala dio en el entrecejo de Greta Wanchel, cuya cabeza se sacudió apenas. Pareció que no fuese a ocurrir nada más, que todo fuese a quedar así para siempre, con Greta de rodillas en el asiento y vuelta hacia Mirja, mirándola con ojos saltones de rabia y sobresalto. De pronto, todo el cuerpo de Greta se relajó, la cabeza se ladeó, y el cuerpo la siguió, quedando tendido en

grotesca postura sobre los dos asientos delanteros.

Mirja Stamp movió la cabeza, salió del coche, y examinó a Lick y al otro. Luego, se dirigió hacia el camión, al cual entró sin precaución alguna, salvo la de advertir:

—Soy yo.

Ivo Popov terminaba de manipular en la pequeña emisora en aquel momento. La señaló y dijo:

—No te lo vas a creer, pero manipulando este chisme he localizado a nuestro amigo Halfer, que me ha asegurado que viene «volando».

Mirja Stamp asintió, y miró al hombre que yacía tendido de costado en el piso del camión, con una mancha de sangre en el pecho y una pistola provista de silenciador en la punta de los dedos de la mano derecha.

—Tuve que matarlo —dijo Popov.

—Yo he tenido que matar a Greta. Lick también está muerto.

—Demasiadas patadas en el mismo sitio —movió la cabeza Popov—. ¿Y el otro?

—Ese está vivo.

—Con uno que nos explique las cosas hay suficiente. Aunque en lo que a mí respecta, creo que ya he hecho bastante. Y tú también, naturalmente. Así que en cuanto venga ese cabezón suizo de Halfer, que se encargue del resto, y nosotros nos largamos. ¿Estás de acuerdo?

—Claro que sí, cariño.

* * *

Quien no estuvo de acuerdo en absoluto fue el «cabezón suizo» llamado Halfer. Había llegado muy pronto, en efecto, aunque no volando, sino en automóvil, y acompañado por cuatro hombres esta vez, que se habían hecho cargo de todo y habían utilizado la misma radio para pedir más personal y vehículos.

Y mientras los esperaban, Halfer había interrogado al único superviviente del grupo de Greta Wanchel, obteniendo así dos conclusiones a cuál más inquietante. A saber: a) solamente Greta, que dirigía el grupo, sabía para quién estaban trabajando en esta ocasión, y por tanto, qué país los había contratado para que consiguiesen el antivirus fuera como fuese; b) solamente Greta sabía qué medidas había tomado para que, al parecer, el grupo todavía tuviese esperanzas y posibilidades de conseguir el antivirus.

—De acuerdo —aceptó finalmente el interrogador Halfer—, pero sabrá, sin duda, quiénes son sus seis amigos que están en el hotel formando tres parejas.

—No —negó el hombre, cuyo nombre era Stephen Marler—, no lo sé. Ya les digo que Greta sabía hacer las cosas, trabajando con pequeñas secciones aisladas que manejaba a la perfección. Lick sí los conocía, pues

tuvo que ir al hotel a colocar los micrófonos, pero...

Lick está muerto.

—Tal vez esté mintiendo —dijo Mirja—, pero a mí me parece sincero. Y lo bastante listo para comprender que al final le obligaríamos a decir la verdad fuera como fuese.

—El hecho cierto —murmuró Popov— es que hay tres parejas en el hotel que son unos asesinos profesionales. Y no es que yo me las quiera dar de puritano o melindroso, pero me fastidia una gente como esa que estaba dispuesta a ampararse en un puñado de deportistas sinceros para cometer sus crímenes.

—¿Y el pobre Adam Aykroyd? —sonrió Mirja—. Sin tomar arte ni parte se ha metido en un buen tinglado; posiblemente, una de las chicas con las que se ha acostado o estaba dispuesto a acostarse es una asesina, y él tan campante, sin enterarse de nada de lo que ocurre a su alrededor.

—Es lo malo de confiar en las mujeres —dijo Halfer; enrojeció y miró como sobresaltado a Mirja Stamp—. Con perdón de algunas, claro.

—Ya, ya —frunció el ceño la pelirroja—. Bueno, ¿qué hacemos?

—Quizá ustedes tengan alguna sugerencia.

—Yo, sí la tengo —dijo Popov—. Sería inútil tratar de identificar a esos seis asesinos en el hotel, pues deben tener muy bien preparadas sus personalidades y coberturas. Ahora bien, cuando pase un día o dos sin que Greta se deje ver, ni dé señales de vida, quizá empiecen a ponerse nerviosos y hagan algo que los comprometa.

—O sea, que confiando en la buena voluntad de Adam Aykroyd de sostener la situación en el hotel corriendo con todos los gastos, solo tenemos que esperar.

—Por el señor Aykroyd no hay problema —aseguró Mirja—: él seguirá pagando lo que sea mientras pueda seguir disfrutando de la compañía de tan encantadoras jovencitas.

—En cualquier caso —murmuró Halfer—, creo que lo mejor es que vuelvan ustedes al hotel, como quien regresa de un largo paseo... Y quizá por la mañana veamos las cosas con más perspectiva.

* * *

Ni siquiera eran las diez y media cuando Ivo Popov y Mirja Stamp aparecían en el bar del hotel, donde todavía quedaban varios atletas departiendo alegremente, y que se apresuraron a llamarlos a gritos y gesticulando.

—¡Eh, Popov, Stamp, vengan aquí! ¡Estábamos hablando de ustedes hace unos minutos! Se acercaron los dos, tranquilos, Mirja sonriente, y diciendo:

—Espero que dijeran cosas agradables, Waddy.

—Según cómo se mire: no se pueden decir cosas muy agradables de gente que lucha como usted, Mirja. Bueno, ¿dónde demonios han estado metidos todo el rato? ¡No sé qué pasa esta noche, todos se largan!

—Tampoco hay para tanto —sonrió Mirja—. Solo hemos estado paseando, y en cuanto a Karl y Greta, no creo que tarden en volver, pues sin ellos la película, o mejor dicho, las pruebas, no podrían seguir adelante.

—De modo que han estado paseando —pareció reflexionar Scopelli—. Pues debe tener algún encanto la noche para que todo el mundo salga de paseo.

—¿Todo el mundo? —parpadeó Mirja—. ¿A quién más se refiere?

—A los Sherk, esos alemanes... ¿cómo se llaman...?

—Kurtz y Olga —apuntó la sorprendente Sandy Jobbins.

—Sí, ya —asintió Mirja—. ¿Y quién más ha salido de paseo?

—Pues se fueron Madeleine y Jean, y poco después Koliopos y la bella Helena. ¿No es curioso? Se llama Helena y es griega. ¿No será Helena de Troya?

—¡Vaya chiste más malo! —protestó Kovinsky—. ¡Y además, Helena no era de Troya, sino griega!

—Hombre, lo que yo quería decir... ¡Eh! ¿Adónde vais ahora? ¿Es que no vais a quedaros un rato con nosotros?

Mirja Stamp e Ivo Popov, que se dirigían rápidamente hacia la puerta del bar, se volvieron, y Mirja, sonriendo con su encanto habitual, dijo:

—Volvemos enseguida. ¡Es que hemos olvidado una cosa en el coche!

CAPÍTULO VIII

Las tres parejas compuestas por Kurtz y Olga Sherk, Koliopos y Helena, y Madeleine y Jean Delmaret, habían llegado por separado hasta más allá de Zinal, utilizando las dos primeras parejas dos coches pedidos prestados en el hotel y la última con un sencillo auto-stop. El material lo llevaban en uno de los coches, con el que llegaron hasta el límite de la carretera transitable. Allí, lo descargaron, esperaron la llegada de Madeleine y Jean, y lo repartieron: raquetas, esquíes, una linterna y una pistola para cada uno, un rifle con silenciador, y un macuto cargado con granadas de mano cada uno de los tres hombres.

Dejando escondido el coche, las tres parejas emprendieron el camino montaña arriba, sin tregua y sin pausa, firmes y seguros. En la negrura de la noche sus alientos recogían la luz de las estrellas, tomando la forma de conos grisáceos. En cambio, y sobre todo de noche, con aquel frío intenso y sin más luz que la de las estrellas, ni remotamente esperaría nadie del laboratorio un acercamiento por la parte de atrás, donde las montañas se perdían bajo las grandes manchas de nieve.

No había ni una sola protesta, ni una sola queja, ni una voz y ni tan siquiera una tos. Hombres y mujeres procedían a la escalada con una determinación que era incluso feroz. Tenían unas instrucciones de Greta, ella se había llevado a Roetter en el coche, y ellos tenían que hacer su parte, eso era todo. Las cosas no se presentaban como se había previsto, pero lo mismo daba: tenían que hacerlo, y lo harían.

Habían rodeado ya la montaña, y comenzaban a pisar la nieve que se extendía en abundancia ladera arriba, cuando oyeron el rumor del helicóptero, en alguna parte. Se detuvieron los seis, alzaron la cabeza, y buscaron en la negrura estrellada del cielo. Las luces reglamentarias del helicóptero aparecieron, pasaron por encima de ellos a una distancia de mil o mil doscientos metros y a poca altura sobre la nieve, y se fueron perdiendo en la distancia. Percibieron el zumbido del vuelo mucho más tiempo del que pudieron estar observando las luces del aparato.

—Vaya —comentó Koliopos—, ¡esos sí que viajan bien!

Nadie comentó nada, y la marcha prosiguió, los pies comenzaron a hundirse en la nieve...

* * *

A unos mil metros de allí, mientras el helicóptero proseguía su vuelo

alejándose hacia el sur, los dos paracaidistas que se habían lanzado desde él en cuanto se remató para alcanzar la mínima altura suficiente, estaban ya llegando a tierra. Es decir, a la nieve. Sin contratiempo alguno, ambos se posaron en la nieve, se desprendieron del paracaídas, y descargaron la bolsa que habían llevado sujeta a su pecho.

—Tal vez hayan ido por el otro lado —dijo Ivo Popov.

—En ese caso —replicó Mirja Stam—, tú y yo estaríamos perdiendo el tiempo por aquí, pero no podíamos negarnos a la petición de Halfer: no podía disponer de hombres equipados y preparados para maniobrar en la nieve con la suficiente rapidez, así que de nuevo ha recurrido a nosotros. Al menos, nos ha pertrechado bien respecto a armas.

—En cualquier caso, son seis —refunfuñó Popov—, y no se trata precisamente de unos angelitos. Casi preferiría no haber llegado a tiempo de encontrar a Halfer todavía donde dejamos el camión de Greta y los otros.

—No te creo —rio quedamente Mirja—. ¡En realidad, a ti te encanta esto, Popov, admítelo!

Ivo se puso a refunfuñar por lo bajo. Si no hubieran encontrado a Halfer y sus amigos, realmente, habrían tenido que decidirlo todo ellos, pero Halfer se había hecho cargo de todo... excepto de una cosa: ¿qué pasaría si los seis asesinos que se dirigían hacia el chalé laboratorio elegían la ruta donde había nieve? Halfer no disponía de personal preparado ni equipado para eso, de modo que Mirja e Ivo tuvieron que ir a por sus raquetas, y, provistos de rifles con silenciador por parte de Halfer, habían sido lanzados sobre la nieve por si los seis asesinos iban por allí. Sí, como parecía lógico y cómodo, los asesinos iban por la parte baja y seca de la falda de la montaña, serían los hombres de Halfer quienes los contendrían, tras ser depositados por el helicóptero en aquella zona...

—Deja de refunfuñar —dijo Mirja—. Cualquiera diría que tienes miedo.

—¿Miedo? Sabes bien que no. Pero, cariño, esas seis personas son asesinos profesionales, y nosotros solo somos unos deportistas sin mala leche.

—¡Pues haberle dicho a Halfer que no querías hacer esto!

—Se me está ocurriendo una idea: mientras yo me quedo por aquí por si se acercan, tú vas retrocediendo, no fuese a ser que ellos tomasen otro camino y nos...

—¡Con que se trata de eso! —se encrespó Mirja—. ¡Conque lo que pasa es que temes que me lastimen a mí y le estás dando vueltas al truco para alejarme de esta zona!

—No, mujer, no. Es que... Bueno, si ellos viniesen por...

—Popov, no me separaré de ti.

Ivo Popov se resignó. La verdad era que no había tenido muchas esperanzas en engañar a Mirja, pero lo había intentado.

Mientras hablaban, se habían colocado las raquetas, y pudieron comenzar a desplazarse con bastante facilidad. Colocados a la espalda, Popov llevaba el único par de esquíes que habían podido conseguir con tanta premura, pues esta parte del equipo que se esperaba para las pruebas todavía no había llegado al hotel Siders. Cada uno de ellos tenía un rifle. Mirja llevaba su mono blanco, y Popov el negro, y sobre ellos unos chaquetones que también habíales proporcionado Halfer. Popov le colocó a Mirja la capucha. La nieve crujía suavemente bajo las raquetas.

—Vamos hacia aquellos abetos —señaló Popov—: es un buen sitio.

La nieve parecía azulgris luminiscente a la luz de las estrellas, que permitían una visibilidad mínima. No se distinguía nada, pero sí se percibían las sombras y las formas, más que nada gracias al extraño resplandor que parecía brotar de la propia nieve. Era un paisaje como irreal, fantasmagórico.

Popov y Stamp llegaron a los abetos, y se sentaron bajo ellos, en una zona prácticamente sin nieve. Solamente se oía, de cuando en cuando, el suave silbido del viento en alguna parte, o quizá en todas partes.

Hasta que, por fin, aparecieron las figuras que se movían, acercándose por la nieve, ascendiendo.

* * *

Caminaban los seis pesadamente, pues la capa de nieve era gruesa en aquel lugar, y ni siquiera las raquetas eran suficientes para aliviar del todo el tremendo esfuerzo. Ahora sí, había cierta fatiga en el grupo de asesinos, pero sabían que si terminaban de rodear la montaña y subían por el otro lado entrarían en el laboratorio sin que...

—¡Koliopos! —sonó la voz de Popov—. ¿Quieres que te meta una bala en los huevos? Los seis asesinos estaban ya sobre la nieve, tendidos boca abajo, apercibiendo frenéticamente sus armas y todavía en sus ojos la expresión de sobresalto.

—No, ¿verdad? —prosiguió Popov tras una pausa—. Pues entonces los seis tenéis que hacer lo siguiente: acercaos desnudos, desarmados y con los brazos en alto, de modo que todos podamos veros bien. Si no hacéis eso, vamos a pasar al ataque.

Koliopos comenzó a maldecir en griego, a una velocidad pasmosa, como si su boca fuese un volcán de inmundicias. Jean Delmaret, que había estado escuchando atentamente para localizar la voz, creyó conseguirlo, se colocó de rodillas, y disparó hacia allí.

El grueso tubo silenciador amortiguó casi completamente el disparo, pero por su boca apareció el chorro de fuego... Casi simultáneamente, la

cabeza de Jean Delmaret reventó de un modo horrible, y el cuerpo fue violentamente derribado de costado.

Olga Sherk, a quién la sangre de Delmaret salpicó la cara, gritó su sobresalto y su asco, apuntó más o menos hacia el mismo sitio que Delmaret, y comenzó a disparar como si se hubiese vuelto loca de rabia... El balazo le acertó de costado, acertando el corazón y derribándola todavía más aparatosa y violentamente que a Delmaret. Sherk lanzó un alarido, y se colocó de rodillas, aullando:

—Olga, Olga...

Por delante de él, donde si divisaban las formas de los abetos, el rojo resplandor de un disparo apareció, trazando una raya en la oscuridad. La bala dio en el centro del pecho de Kurtz Sherk, lo puso en pie no poco sorprendentemente... y otro balazo lo abatió como si fuese un muñeco.

Luego, se oyó de nuevo silbar el viento gélido en alguna parte.

Helena y Madeleine se arrastraron, colocándose ambas junto a Koliopos.

—Solo son dos —susurró Helena—, y uno de ellos está entre los abetos. Son Mirja y Popov, no hay nadie más. Debían ir en el helicóptero, y los han dejado aquí solo como precaución. Y son tan bobos que están utilizando el silenciador del rifle en lugar de hacer el máximo ruido posible.

—No son bobos —gruñó Koliopos—: si hiciesen ruido atraerían a alguien, seguramente, pero quizá antes de que les llegase ayuda ya los habríamos localizado y matado. Por eso utilizan el silenciador.

—Pero solo son dos —apoyó Madeleine a Helena—. Y hasta podemos hacerlos pedazos con las granadas. Si lanzamos tres entre esos abetos no quedarán ni los huesos del que esté ahí.

—Y el estallido de las granadas sí será oído lejos de aquí —gruñó Koliopos—. No, nada de eso. Tanto a ellos como a nosotros nos interesa el silencio.

—Lo que nos interesa a nosotros —dijo Helena— es resolver pronto la situación, para escapar cuanto antes. Y por supuesto, ya ni intentar llegar al chalé, donde nos deben estar esperando.

—Maldita sea... ¡Malditos sean esos dos! —jadeó enfurecido Koliopos —. ¡Ese par de puercos nos lo han estropeado todo! ¡Y yo no me voy a marchar de aquí sin cargármelos!

—No te obceques —dijo fríamente Madeleine—. Lo primordial es huir. Más adelante ya buscaremos a esa pareja de malditos para ajustarles las cuentas a nuestro gusto.

—Yo estoy de acuerdo con ella —dijo Helena.

—Y yo acabo de tener una idea perfecta —rio de pronto por lo bajo el hercúleo Koliopos—. ¡Van a salir de sus escondrijos a toda prisa, ya lo veréis! Cuando yo termine de hablar con Popov, vosotras podréis

marcharos sabiendo ya lo que tenéis que hacer. ¿De acuerdo?

—Veamos qué has pensado —murmuró Madeleine. Koliopos sonrió perversamente, y gritó:

—¡Popov, sé que estáis solos Mirja y tú, y yo me voy a encargar de los dos! Mientras tanto, Madeleine y Helena van a regresar adonde hemos dejado el coche, regresarán al hotel, y allá harán explotar todas las granadas de mano que llevamos... ¡Nos vamos a cargar a todos los clientes del hotel, y la culpa será vuestra, por habernos cortado el paso al chalé!

Madeleine y Helena se habían mirado vivamente, y, enseguida, retiraron las bolsas con granadas que portaban Delmaret y Sherk. Koliopos le tendió la suya a Madeleine, y señaló ladera abajo. Sonriendo perversamente, las dos asesinas emprendieron el descenso, por supuesto dispuestas a cumplir la amenaza de Koliopos. Mientras tanto este, protegido tras el cadáver de Sherk, esperaba con el rifle apercibido la reacción de Mirja e Ivo.

Y no hubo ninguna reacción, ningún sonido especial, ninguna voz.

—¡Popov! ¡Si tienes cojones, intenta salir detrás de ellas, te estoy esperando!

Tras gritar esto, Koliopos rodó sobre la nieve, alejándose del lugar ocupado hasta entonces, y ocupando una posición algo más alejada, pero que le pareció mucho más ventajosa. Si Mirja o Ivo, o ambos, salían en persecución de Madeleine y Helena, tendrían que ponerse a tiro de él. Y si querían esquivar su posición para perseguirlas por otro lado perderían tanto tiempo que cuando llegasen abajo ellas, ya habrían llegado al coche.

—¡Hey, Popov! ¿No te gustaría ver cómo saltan en pedazos aquel montón de estúpidos deportistas? ¡Pandilla de imbéciles, siempre pensando y hablando del deporte...! ¡Igual que vosotros, cretinos!

De nuevo se desplazó Koliopos, todavía algo más lejos, y convencido de que otra vez mejoraba su posición. Tras un vistazo alrededor consideró que sería inútil buscar otra posición mejor que aquella, y permaneció en silencio, atento, preparado para disparar en cualquier momento.

El viento seguía silbando a ráfagas, en ocasiones lo bastante fuertes para alzar como un polvillo blanco que, de pronto, vio Koliopos la mancha blanca que se movía. No la había visto hasta entonces, y solo al destacar, quieta, entre el movimiento del polvo de nieve, reparó en su blancura, diferente a la de la nieve a la luz de las estrellas.

La súbita comprensión de que lo que estaba viendo era el mono blanco de Mirja Stamp le hizo respingar fuertemente, mientras, al mismo tiempo, desviaba la línea de tiro hacia allí.

A unos seis metros de Koliopos, tendida sobre la nieve, por la que se había ido arrastrando lentamente, Mirja Stamp oyó el respingo de Koliopos, y comprendió en el acto que este la había visto, que le iba a

disparar, y que ya no era necesario acercarse más al griego, bien situado ahora debido al fuerte respingo.

En el momento en que Koliopos comenzaba a encañonar la figura de Mirja Stamp, esta disparó su rifle. Apareció el cárdeno fogonazo, la frente de Koliopos estalló horriblemente, la cabeza fue sacudida hacia atrás y regresó, destrozada, hacia delante, hundiéndose en la nieve. Mirja Stamp, cuyo rostro estaba demudado, tragó saliva, se aclaró la voz, y gritó:

—¡Ivo, lo he conseguido! ¡Date prisa!

La negra silueta de Ivo Popov apareció velozmente, desplazándose ahora sobre los esquíes, y llegó cerca de Mirja, gritándole:

—¡Dispara ahora sin silenciador, quizá te oigan y vengan con el helicóptero!

—¡Ivo, ten cuidado, quizá ellas se hayan detenido para tenderte una trampa...!

Pero Ivo Popov se lanzaba ya ladera abajo sobre los esquíes, sin bastones, fiado solamente en su pericia deportiva, en su gran experiencia y habilidad como esquiador.

«Ya os demostraré yo lo cretinos que somos los deportistas —pensaba Popov—. ¡Ya os lo demostraré! ¡Y no solo con los esquíes! ¡Os vais a enterar de cómo dispara un campeón en cualquier condición, so zorras!»

La nieve parecía romperse en azules heridas al paso de los esquíes, y se oía el tronar de estos, el fortísimo crujido poderoso. El frío parecía querer devorar las orejas de Popov, que jamás había descendido a aquella velocidad sin llevarlas bien protegidas; y como tampoco llevaba guantes, para poder manejar el rifle, las manos comenzaron a helársele rápidamente; en sus ojos aparecieron lágrimas de frío, le pareció que toda su cara y sus manos se sumergían en un cubo de agua helada. La nieve seguía crujiendo bajo los esquíes en aquel sonido tan familiar, tan querido, tan hermoso...

«Ya os enseñaré yo a menospreciar a los deportistas... ¡Me voy a matar si sigo a esta velocidad!»

Efectuó unos cuantos zigzags para reducir la marcha, y, en uno de ellos, se dio cuenta, aterrado, de que a menos de cien metros más abajo ya no había nieve, y que estaba esquiando sobre una capa apta solo para suicidas... El frenazo, de costado, fue tremendo. Arrancó nieve y tierra firme, rebotó duramente en el surco, y salió despedido de costado y girando.

«Ya está... ¡Las dos piernas rotas!»

El batacazo fue espantoso. Su cabeza resonó fragorosamente, uno de los esquíes saltó, el otro se partió, acabó de saltar cuando Popov rebotó de nuevo, y el yugoslavo terminó abrazado a un abeto y notando el crujir de sus costillas.

Durante unos segundos, Ivo Popov no tuvo ni idea de quién era, ni si

era de noche o de día, ni si estaba vivo o muerto. Todo lo que sabía era que, al parecer, dentro de su cabeza había conseguido entrar una bandada de pajarillos. Súbitamente, los pajarillos abandonaron su cabeza. Popov la sacudió, recordó quién era, vio que era de noche, comprendió que estaba vivo, y, al ver el rifle a unos cuantos metros de distancia, recordó qué estaba haciendo allí.

Cuando se puso en pie todo su tórax crujió, y su pierna derecha le pareció de goma, mientras una andanada de dolor le llegaba desde la rodilla. Cojeando, llegó hasta el rifle, lo recogió, y continuó ladera abajo, ahora sobre tierra. Sentía un extraño calor en la cara. Ni siquiera llegó a tocarla, pues comprendió que se había hecho una brecha en la frente y que...

Por debajo de él, a unos cuarenta metros, vio las dos figuras desplazándose ágilmente. Más allá, entre los abetos, le pareció distinguir un brillo que solo podía corresponder a la carrocería de un automóvil...

Ivo Popov se detuvo, y gritó:

—¡Paraos ahí, u os acribillo!

La respuesta, que instintivamente había temido, fue una andanada de balas que esperó ya sentado. El aire crujió por sobre su cabeza al ser perforado por los proyectiles. Ivo Popov apretó los labios, apuntó hacia abajo, y disparó.

Mala suerte. No para él, claro. Su bala dio en una de las bolsas que contenían granadas, acertó una de estas, que reventó en un rojo estallido que hizo explotar las demás contenidas en la bolsa... Como dentro de una esfera de fuego, Ivo Popov vio saltar en el aire, retorcidos, dos Objetos que tenían una cierta semejanza con cuerpos de seres humanos...

El helicóptero aterrizó cerca de él apenas diez minutos más tarde, y Mirja Stam saltó a tierra y corrió hacia Popov, que seguía sentado, con el rifle al lado, sombrío el gesto.

—¡Ivo, Ivo, amor mío...!

—No grites tanto —masculló Popov—: se van a dar cuenta de que estás verdaderamente enamorada de mí.

—¡Vaya una cosa! ¿Estás bien?

—Creo que me he roto unas cuantas costillas, y algo no funciona bien en mi rodilla derecha. Poca cosa, si consideramos que por lógica debería estar muerto y hecho pedacitos... ¿Me enciendes un cigarrillo?

Halfer, que había saltado del helicóptero detrás de Mirja, llegó junto a los dos deportistas aventureros, y preguntó:

—¿Y las dos que faltan?

—A lo mejor encuentra sus pedazos por ahí —murmuró Popov—. Lo siento, pero no fue culpa mía. Solo quería herirlas para impedirles llegar al hotel, pero llevaban granadas, y acerté una de ellas.

—Si tenemos en cuenta la clase de gente que eran los seis, lo que merecen ustedes es un premio, no reproches —encogió los hombros Halfer—. Bueno, parece que hemos hecho una buena labor, pero nos vamos a quedar sin saber quién es el traidor que informó a Greta Wanchel de la existencia del antivirus. Y convendría encontrarlo, para retirarlo de la circulación... porque ya se me ha ocurrido para qué pueden querer el antivirus.

—Hombre, eso está claro —gruñó Popov—: si reciben un ataque...

—No, no, no, Popov —movió Halfer su cabezota—. Tengo el mal palpito de que alguien lo quiere para poder lanzar bacterias impunemente en las posiciones o países enemigos que ataque... tras administrar el antivirus a sus tropas, guerrilleros o terroristas. ¿Se imagina? ¡Tenemos que encontrar a ese traidor, maldita sea!

—Oiga: ¿si se lo pongo en las manos no nos fastidiará más a Mirja y a mí?

—¡Trato hecho! —exclamó Halfer.

—Bueno, pues elija seis de sus hombres, póngales unos pasamontañas, deles unos rifles, y que tomen por asalto el chalé. Una vez reunidas todas las personas que hay allá, simulen que los van a matar a todos... y ya verá cómo salta uno de ellos, convencido de que se trata de la gente de Greta, diciendo que a él no deben matarlo, que él fue quien hizo el negocio con Greta cuando se vieron en algún sitio la última vez... Ya me entiende, ¿no?

—Sí —parpadeó Halfer—. ¡Pero es una putada para los demás!

—El fin justifica los medios. Escuche, cabezón, usted haga lo que quiera —terminó por gruñir Popov—, pero yo quiero que me lleven a un hospital, porque si bien sé que lo de las costillas no tiene importancia, no quisiera quedarme cojo, pues no podría volver a esquiar, ni montar a caballo, ni patinar, ni luchar, ni correr, ni saltar con pértiga...

—¿También hace usted pértiga? —exclamó Halfer.

—No —sonrió Popov—, pero quiero aprender.

ESTE ES EL FINAL

—Pero... ¿qué más quieren? —casi sollozó Adam Aykroyd—. Les he ofrecido tres millones de dólares para los dos, les permito arreglar el guion a su gusto, les ofrezco un porcentaje en los beneficios... ¿Qué más quieren para firmar el contrato?

—Lo que pasa con usted —dijo Mirja, sentada en una butaquita junto a la cama en la que yacía Popov— es que como prácticamente nos hemos convertido en héroes, nos quiere de protagonistas a toda costa, pues la publicidad es enorme.

—Bueno, ¿y qué tiene de malo eso? —se mosqueó Aykroyd.

—Realmente, nada.

—Escuchen, si quieren hasta contrato a ese amigo suyo, el tal Halfer, para que haga un buen papel... ¡Todavía recuerdo la cara de pasmo que tenía hace dos días cuando vino a decirle a usted que el truco había dado resultado, y que tenían al traidor...! ¿Cómo se llamaba el tipo...?

—Wilhem Frostbierg —dijo Mirja.

—Coño, qué nombre —rio en plan cachondo Ivo.

—Pues anda que el tuyo: Popov. ¿Qué debe querer decir Popov?

—¿Qué va a querer decir? —gruñó Ivo—. ¡Popov quiere decir Popov, y ya está! Y si no te gusta mi nombre...

—Oigan un momento —masculló Aykroyd—. Llevo cuatro días suplicándoles que firmen el contrato, y no quiero que sigamos con juegos de palabras y simulacros de riñas entre ustedes, que están locos el uno por el otro. Lo que quiero es una respuesta: ¿quieren o no quieren ser los protagonistas de *Redsky?*

Mirja e Ivo se miraron, y este bajó la mirada hacia su pierna, que reposaba debidamente vendada.

—Mire, señor Aykroyd —dijo con inesperada seriedad Ivo Popov—, yo no puedo darle una respuesta hasta dentro de dos días, cuando me quiten el vendaje y comprueben ya sin inflación si tendré o no tendré rodilla...

—¡Le han dicho que sí, que es seguro!

—Pues tanto mejor. Más a mi favor.

—¡No comprendo nada!

—Lo que Ivo está tratando de decirle —sonrió Mirja Stamp— es que nosotros vinimos aquí a competir, y eso es lo que haremos. Dentro de tres días, cuando Ivo esté bien, reanudaremos las pruebas, las ganaremos, porque somos la pareja más completa se mire por donde se mire, y entonces le firmaremos el contrato. Pero de favoritismos, nada. No los

necesitamos para ganar nuestras competiciones, sean cuales sean.

Ivo Popov sonrió seráficamente, y dijo:

—¿Se ha enterado por fin, so golfo?

F I N





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.